

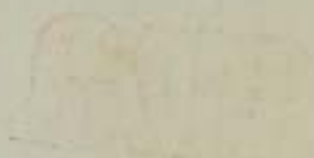
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE • ALFA

LUNA LLENA



Jeanette
MAC DONALD

Nelson
EDDY







Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS Y SALA
Valencia, 234 - Teléfono 71637
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DINGSTON, FRONZARDI, RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, EDUCACIÓN Y TALLERES:

Volcanes, 234 - Aguafuerte Canyon 707 - Told. 19857 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbieri, 16, Buenavista-Tetuán, 17, Madrid

EDITORIAL



ASO XVII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE * ALFA

NUM. 72

NIM 321

LUNA LLENA

JEANETTE MACDONALD y NELSON EDDY son dos nombres mágicos que han figurado desde hace tiempo al frente de películas inolvidables.

LUNA LLENA es el nuevo vehículo que les ha sido asignado para deleitar al público con su arte exquisito. Situada la acción en 1789, vemos a un romántico aventurero que conquista a una noble joven, que no sabe descubrir al aristócrata bajo el uniforme de criado.

PRODUCCION:



Calle de Mallorca, 201

BARCELONA

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Marianne de Beaumanoir</i>	Jeanette MacDonal
<i>Carlos</i>	Nelson Eddy
<i>Valerie de Rosaac</i>	Mary Boland
<i>Vizconde Ribaud</i>	George Zucco
<i>Padre Miguel</i>	H. B. Warner
<i>Gobernador de Nueva Orleans</i>	Grant Mitchel
<i>Tambour</i>	Stanley Fields
<i>Alejandro</i>	Richard Purcell
<i>Jacques Brugnion</i>	John Miljan
<i>Quizot</i>	Ivan Simpson

Director:

Robert H. Leonard

Novelización de
MARCOS ESTRADA



LUNA LLENA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

DE MARSELLA A NUEVA ORLEANS EN 1789

RESULTABA un poco difícil adivinar que aquel suntuoso salón en que se veían las más bellas y bien vestidas damas y los más enconpetados caballeros de la corte de Luis XVI no fuese más que la sala de baile del velero «Jolie des Anges», que se dirigía a Nueva Orleans llevando a bordo un grupo de aristócratas que viajaban unos por placer y otros, como la joven Marianne de Beaumanoir y su tía Valerie de Rossac, se dirigían a la capital de Louisiana para posesionarse de la herencia de un tío de la primera que hemos mentado. Las posesiones que iba a heredar Marianne bien valían el viaje. Consistían en una grandiosa mansión y extensas plantaciones en las que trabajaban

centenares de esclavos. Todo esto iba ahora a parar a manos de Marianne y para ésta el viaje tenía dos atractivos: ver mundo y pasar algún tiempo en esa ideal finca de la que sería reina, donde de niña fué sólo una invitada.

Mientras tanto, el viaje, que no sería breve, proporcionaba a Marianne innumerables motivos de diversión. El pasaje lo componían todo gentes distinguidas, cuando menos así lo creían los viajeros de primera, y no le faltaban admiradores a la joven con quien coquetear y divertirse. Poseía la muchacha una bonita voz y constantemente se veía solicitada, incluso por el capitán de la nave, para que animara las veladas con sus canciones.

La noche en que sorprendemos a

los alegres pasajeros del «Joie des Anges» se celebra un animado baile a bordo, y mientras la juventud baila, las mamás y personas mayores adornan con sus cuerpos las sillas adosadas a la pared, comentan y critican a los que bailan y sacan consecuencias de miradas y palabras que a veces sólo existen en su imaginación.

Marianne bailaba animadamente con Dubois, un cortesano galanteador que la admiraba mucho.

Una dama que estaba sentada junto a madame Valerie, rato hacía que observaba a Dubois y Marianne. No pudiendo contenerse más se cubrió la cara con el abanico de rico encaje de Valenciennes, y dijo:

—Señora de Rossac, debe usted vigilar a su sobrina. El caballero Dubois está locamente enamorado de ella.

—No tema usted. Ni Dubois ni mil como Dubois importan un comino a mi sobrina. Con decir a usted que antes de salir de París rechazó al príncipe Condet...

—¿Es posible!

—Marianne estuvo cantando en palacio ante la reina y...

Dubois llegó con la joven del brazo y la dejó con su tía, portando la explicación que ésta iba a hacer a su amiga de los triunfos de Marianne.

El capitán del velero se acercó a la joven:

—Baila usted maravillosamente.

—Capitán, es usted muy amable —repuso Marianne.

Iba a decir algo más el marino, cuando se oyó un estrepitoso ruido que procedía de la bodega de la nave.

—¡Capitán! ¿Qué ocurre? —preguntó la muchacha asustada y con ella todo el pasaje.

—Debe ser el ganado que llevamos en la bodega. El mar le excita de vez en cuando, y si la señorita de Beaumanoir tuviera la amabilidad de cantarnos alguna de sus canciones, estoy seguro de que se restablecería la calma. Su hermosa voz calmaría a las fieras.

—Haré lo que pueda, capitán —dijo Marianne. Maestro, ¿podrían tocar la canción «Forastera en París»?

—Sí, señorita de Beaumanoir.

Esta se acercó a la orquesta y entonó la canción con su realmente deliciosa voz.

Terminó de cantar Marianne y se oyó un lejano coro que cantaba el estribillo de lo que ella acababa de cantar. Todos los pasajeros escucharon atentos aquel extraordinario concierto que procedía de la bodega, una de cuyas voces destacaba por encima de todas.

—Capitán—dijo Marianne—, parece que su ganado sabe cantar muy bien. Fácilmente han aprendido mi canción.

—Mi ganado no es pacífico, señorita de Beaumenoir, y si usted ha conseguido hacerles cantar yo me ocuparé de que bailen.

Se retiró el capitán muy contrariado y llamó a uno de los oficiales.

—Oficial, le ruego que restablezca la disciplina en la bodega.

—Inmediatamente, capitán.

El oficial se dirigió rápido a la bodega, donde había una enorme reja tras de la cual se vela a varios hombres desgreñados y a medio vestir que daban la impresión ser menos que ganado. Uno de ellos, alto, rubio y no mal parecido, cantaba una canción aludiendo al mal trato que recibían en el barco.

El oficial dio orden a dos marineros que pusieran la bomba en movimiento y minutos después caía una fuerte ducha sobre los cautivos.

—¡Basta! —gritó el oficial—. ¡Paren la bomba!

—Mis respetos, señor oficial—dijo el prisionero que cantaba—, y muchas gracias por la ducha.

—Esta indisciplina os costará no comer mañana en todo el día. Agua y a trabajar, nada más.

Los hombres se pusieron a gritar

como locos al oír la amenaza del oficial.

—No debe tratarnos así el capitán—dijo Carlos, el prisionero que cantaba y que a todas luces se veía que era quien dirigía la algarabía—. No cumplo con su deber.

—El deber del capitán es conducirnos a Nueva Orleans y venderos como esclavos.

—Pues si nos tiene en ayunas sólo venderá esqueletos. ¡Queremos comida, aire!

—¿Cómo te llamas?—interrogó el oficial.

—Carlos Michon, para servir a usted.

—Informaré al capitán mañana de lo que ha ocurrido y es muy probable que quiera verte—dijo el oficial, indignado ante la insolencia del cautivo Carlos.

En cuanto hubo desaparecido el oficial, Carlos se volvió hacia los demás prisioneros:

—¡Mañana veré al capitán!

—¡Bravo, bravo!—gritaron todos entusiasmados—. Y no dejes de decirle que nos tratan como perros.

Muchos de los prisioneros se echaron al suelo para dormir y sólo Carlos y otros tres quedaron hablando en un rincón.

—Carlos—dijo uno de ellos—, Alexander y yo queríamos hablarte.

—Sí—dijo otro—. Tambour, Ale-

xander y Pedro hemos pensado que no deberías entrevistarte con el capitán.

—¿Por qué no?—preguntó Carlos.

—¿Qué ocurriría si descubriera tu identidad?—insinuó Pedro.

—No soy más que el número 35, Carlos Michon, deportado por mi mala conducta y por escandalizar en las calles de París cantando canciones que sentaban mal a la policía.

—El nombre que has asumido no te distraza, señor duque—dijo Alexander.

—Carlos, nosotros tres sabemos que si ejecutaran a Carlos Michon desaparecería el duque Carlos de Vidier—observó Tambour.

—Bien, bien, mis queridos amigos, parece que mi cabeza está en vuestras manos.

—Y está segura en ella, señor duque—dijo Pedro.

—Dejad de llamarme señor duque. Si os oyen, estoy perdido. Cuando me detuvieron di el nombre de Michon porque tenía interés en que me expulsaran de Francia.

—Sí; pero jamás podréis regresar a Francia—dijo Alexander.

—Ya lo creo que volveremos a Francia. Yo y cada uno de vosotros—dijo Carlos animándose—. En el momento que llegemos a Nueva

Orleáns, llegará el velero «Luna Llena» con provisiones. Lo manda el capitán Montoux, de la Marina Real, y él se cuidará de darnos libertad. Conviene que consigáis que los demás prisioneros no se impacienten, pero no debéis decirles una sola palabra de lo que acabo de confiaros. Demasiadas orejas acostumbran a convertirse en una lengua que habla demasiado. Tambour, cuídate de reanimar a los hombres.

Tambour se levantó y fué a cumplir las órdenes que acababa de darle su jefe. Quietamente se mezcló con los demás que estaban tumbados por el suelo. Algunos medio dormidos y otros hablando en voz baja.

—¡Amigos! ¿Hay sueño? Es pronto todavía. Arriba, aun no ha terminado el concierto. ¿Sabéis lo que estoy pensando? ¿No? Pues pienso que me he pasado tanto tiempo encerrado en esta jaula, que pronto me saldrán plumas.

Los cautivos rieron a carcajadas la gracia de Tambour.

—Escuchad, si queréis que Carlos se entreviste mañana con el capitán, conviene que hagamos un poco de ruido... ¡Gritad!

No tuvo Tambour que insistir mucho para que de nuevo se pusieran a chillar los cautivos, gritando que tenían hambre y que querían salir.

NACE EL AMOR

A la mañana siguiente, Marianne de Beaumanoir, que no había podido descansar a causa del griterío de los prisioneros de la bodega, decidió visitar al capitán para quejarse.

Vestía la gentil pasajera un traje de mañana y cubría sus delicados hombros con un chal de encajes. Se dirigió ligera a las dependencias del capitán, cuya puerta estaba custodiada por un centinela.

—Deseo ver al capitán—dijo Marianne.

—No está ahora en su despacho—contestó el guardia.

—¿No hay nadie?

—Hay y no hay...

—Gracias, entraré—y sin aguardar más, la joven abrió la puerta y

entró en la antesala, donde había un joven que vestía calzón corto y camisa.

Al ver entrar a una señorita, el hombre sintió cierta confusión.

—Perdone, caballero—dijo Marianne.

—Debe usted perdonarme a mí, señorita, por estar sin chaqueta—y al decir esto cogió una que había sobre una silla y se la puso.

Una vez vestido no cabía la menor duda de que se trataba de un oficial.

—Veo que usted es un oficial—dijo Marianne.

—No encontrará usted nadie a bordo que esté más dispuesto a servirle que yo.

—Gracias. ¿Dónde está el capitán?

—No lo sé; pero se desesperará al saber que usted ha estado aquí y no le ha encontrado.

—Lo esperaré.

—Síntese, señorita.

La embarcación hizo un movimiento brusco y por poco cayó Marianne al suelo, caída que avitó el improvisado oficial.

—Claro está, que usted podría encargarse de trasladar mis quejas al capitán—dijo Marianne.

—La belleza manda, ¿En que puedo servirle?

—Vengo de parte de mi tía. No descansa muy bien, y la noche pasada especialmente, con esos presidiarios gritando...

—Querrá usted decir los cautivos...

—Sí; yo no me opongo a que se diviertan, pobres hombres, pero...

—Bien, si se pudiera hacer algo, nada desagradable, supongo... Su semblante, señorita, demuestra sus sentimientos—dijo el oficial, mirando intensamente a la joven.

Ella sonrió con coquetería.

—Piense usted que esos hombres que no dejaron dormir a su tía van a ser vendidos como esclavos, jamás conocerán la libertad; que piense en esto su señora tía y tal vez encuentre en ello una compensación por la mala noche que ha pasado.

—Sí, sí; se lo contaré a mi tía tal como usted me lo dice.

—Dígale también que no gritaban por gusto, gritaban porque tenían hambre.

—¡Qué horror! Si esto es tal como usted dice, creo que será mejor que no espere al capitán.

Marianne se levantó dispuesta a marcharse. El oficial cogió su mano y la besó ceremoniosamente.

—Acabo de obrar así por su bondad hacia esos pobres hombres cautivos. ¿Me perdona, señorita?

Otro movimiento brusco del velero precipitó a Marianne en brazos del oficial, quien por un instante la retuvo.

—¿Me perdona, señorita?

—No sé si puedo perdonar tanto. Creía que había visto ya a todos los oficiales de a bordo, pero no recuerdo haberle visto a usted.

—Ahora ya no me olvidará, ¿verdad?

—Le recordaría si supiera su nombre...

—Carlos Enrique.

—Esa es su nombre de pila.

—Es el que siempre recuerda la mujer.

—¿Es usted muy romántico?

—Sí, señorita. ¿No lo es usted?

—Dentro de lo razonable, sí, pero ahora debo marcharme. Quiero

presentarle mi tía. Adora a los oficiales jóvenes.

—Sí, cuando bailan bien.

—¿Usted, no?

—Mis deberes, durante día y noche me privan de bailar.

—¿No descansa usted nunca?

—Muy poco... pero los sueños no se tienen siempre durmiendo. Señorita, crea que siento no poder bailar con usted.

—¡Oh, no importa! He hablado de ello más por mi tía que por mí.

El oficial fijó sus ojos en los de Marianne, desconcertándola.

—Supongo que al llegar a Nueva Orleans volveremos a vernos. Me sorprendería mucho no encontrarle.

—Estoy seguro de que se sorprenderá mucho.

—Caballero, encantada.

—El entusiasmado soy yo.

Salió por fin Marianne de la cabina del capitán y mientras cruzaba la cubierta murmuraba en voz baja:

—Carlos Enrique.

Algunos días después llegaba el «Joie des Anges» a Nueva Orleans, donde desembarcaba todo el pasaje.

Marianne y su tía Valerie eran de las últimas en abandonar la embarcación y la primera miraba ávidamente a todos los oficiales que se cruzaban con ella para descubrir al que conociera en la cabina del capitán.

—Marianne, ¿a quién esperas?

—preguntó su tía.

—A nadie.

—Pues apresúrate, que pronto llegará el gobernador.

Junto a las damas había un marinero con un catalejo mirando a tierra. La señora de Rossac cogió el lente del marinero y se puso a mirar también, dejándolo luego a su sobrina. Esta, en lugar de observar a quien pudiera llegar de tierra, vino en redondo y dirigió la vista a unos marineros que estaban en el palo alto.

—¿Esperas que el gobernador descienda de allí, Marianne?—preguntó su tía.

—¿Busca a alguien la señorita?

—preguntó el marinero.

—No, no; sólo me interesaba ver las maniobras.

—¡Maniobras! ¡Maniobras!...—murmuró la tía.

La comitiva del gobernador se acercaba y al poco rato subía éste a bordo acompañado de Brugnon, administrador de la finca que había heredado Marianne.

—Capitán—dijo el gobernador—, presénteme usted a la señorita de Beaumanoir.

El capitán se acercó a Marianne.

—Señorita de Beaumanoir, su excelencia el señor gobernador de Louisiana.

—Mi queriga señorita, como gobernador y viejo amigo de su familia le doy la bienvenida a Nueva Orleans.

—Gracias, señor conde de Barty. Le presento a mi tía, señora de Rossec, que es quien me acompaña.

—Señora, a los pies de usted. ¿Recuerda usted a Brugnion, señorita de Beaumanoir? Era usted una chiquilla cuando vino a pasar una temporada con su tío.

—Claro que no le recuerdo, pero estoy encantada de encontrarle tan bien!

—Gracias, señorita Marianne—dijo Brugnion emocionado—. Como viejo empleado de su abuelo y de su tío, doy la bienvenida a la nueva dueña.

—¡Oh, me encanta oírle, Brugnion!

—Se acerca el martes de Carnaval—dijo el gobernador—y aquí esta fiesta se celebra mucho.

—¿Martes de Carnaval? —preguntó Marianne a su tía en voz baja—. ¿No podríamos dar un baile e invitar a la oficialidad del velero?

—¿Todavía estás de maniobras, hija mía?—dijo tía Valerie.

—¡Oh, tía! No podremos menos que invitarles, después de lo amables que han estado con nosotras a bordo.

Desembarcaron al fin las dos ilus-

tres damas y pasaron a instalarse en el palacio que ahora pertenecía a Marianne de Beaumanoir.

Pocos días después mientras la heredera se hallaba sumergida en un raro baño portable, cantaba como para sí una canción que decía:

Los barcos vienen,
los barcos van, pero...

Julia, la camarera, iba y venía arreglando los vestidos de su señorita.

—Julia, los barcos vienen, los barcos van, ¿y qué es lo que queda?

—El amor tal vez, señorita, pero la señorita debe saber cómo hacerlo quedar.

Marianne se había escondido detrás de un biombo para vestirse y continuaba hablando con su doméstica.

—¿Cómo debo hacerlo, Julia?

—Esto no lo sé, señorita.

—Oye, Julia, ¿crees en el flechazo?

—Creo más bien en el amor cuando las gentes se han visto varias veces. Lo considero más seguro.

Alguien llamó a la puerta y entró un criado de uniforme llevando un ramo de flores en la mano.

—Un ramo de flores para la se-

ñorita, de parte de los oficiales del «Jole des Anges»—dijo el criado.

—Puedes traer el desayuno de la señorita y retirar la bañera—dijo Julia.

El criado hizo lo que se le mandaba.

Marianne se asomó por encima del biombo para ver al criado y su sorpresa no tuvo límite al ver que no era otro que aquel oficial, Carlos Enrique, con quien ella había hablado a bordo del velero.

La doncella de Marianne colocaba en un búcaro las flores que los oficiales del «Jole des Anges» habían mandado a su señorita.

—¿Me las mandan los oficiales del velero?

—¿Verdad que son un encanto?—dijo la camarera.

Marianne creyó que su doncella se refería a los oficiales.

—Sí, uno de ellos, especialmente—y al decir esto, la joven cogió una rosa del espléndido ramo.

De repente varió de humor y dijo muy enérgica:

—Julia, sospecho que hay un impostor entre nosotros. Di a Brugnion que venga a verme. No me gusta que mi administrador se preste a ciertas bromas, aunque resulten agradables.

La camarera miraba asombrada a

su señora, sin comprender a lo que se refería.

—Estoy resuelta a dar una lección al intruso.

—Muy bien, señorita.

Julia se dispuso a salir y al abrir la puerta vió al nuevo criado que entraba con una bandeja.

—Deja el desayuno sobre la mesa—dijo Julia en voz baja—, y no hagas ruido, porque la señorita parece estar de malas esta mañana.

Salió la camarera y el criado depositó el servicio encima la mesa. Marianne se sentó dispuesta a desayunar.

—¿Chocolate, señorita?

—Sí, muchas gracias.

—¿Leche?

—Un poco.

El criado iba atendiendo todas las peticiones de su señorita.

—¿Azúcar?

—Sí. Tengo entendido que el barco ya ha marchado—observó Marianne, no pudiendo disimular por más tiempo.

—Sí, señorita.

—¿No teme usted que el capitán note su ausencia?

—¡Oh, no! De ninguna manera.

—¿Ha decidido usted abandonar el mar?

—No me ha quedado otro remedio.

—Sería conveniente que diera

usted alguna explicación. Admito que su disfraz es muy romántico, pero su presencia en mi antecámara no me agrada.

Una llamada a la puerta cortó la diatriba de Marianne hacia su novel criado y Brugnón penetró en la salita.

—Veo que ha alquilado usted un criado excepcional, Brugnón. Y supongo que no le fué difícil convencerle de que entrara a formar parte de mi servicio.

—¿La ha molestado a usted en algo, señorita? ¿Le ha faltado al respeto?

—Brugnón, estoy segura de que él le sobornó a usted para que lo aceptara... ¡Dígame la verdad!

—Señorita, lo compré en la venta de esclavos que llegaron en el velero.

—¿Venta de esclavos?

—Sí, señorita, y tengo recibo de la compra; es suyo para toda la vida.

—No diga tonterías — dijo Marianne, riendo.

—Fué ayuda de cámara del duque de Vidier.

—¡Basta de bromas, Brugnón! ¡Exija la verdad!

—Pues la verdad es lo que acabo de contarle, señorita.

—Gracias, Brugnón. Puede retirarse.

El criado había estado presente a

la conversación entre Marianne y su administrador y al retirarse éste, la joven se dirigió a él indignada.

—En este caso, he de suponer que cuando le encontré a usted en la cabina del capitán iba usted disfrazado de oficial.

—Había ido allí representando a todos los cautivos. No podía dirigirme a usted en mangas de camisa y cogí la primera chaqueta que hallé a mano.

—Usted se dio cuenta de que yo le tomaba por un oficial y se aprovechó de las circunstancias.

—Está usted injusta conmigo, señorita. No me aproveché de nada.

—¿Con que el oficial no era más que un criado?

—Sí, señorita.

—Vamos a ver, ¿qué vino le sirve con el pescado?

—Vino del Rin con las ostras, Sauternes con pescado del mar y Chablis con pescado de río.

—¿Cómo anunciarla usted al duque de Vidier?

Con rapidez extraordinaria, el criado enumeró todos los títulos del traído y llevado duque de Vidier.

—¡Basta, basta!...—dijo la joven—. Es suficiente.

—Y Mosela con langostinos, langosta y crustáceos de menor importancia.

—¿Por qué le han desterrado?

—Bebí demasiado coñac de mi señor el duque. Me encontró un día cantando canciones impertinentes, y la policía creyó que mi voz sería más agradable oída de lejos. Pido a la señorita mil perdones por haberla engañado.

Pronunció las últimas palabras con la mano sobre el corazón e inclinado respetuosamente.

—Le perdono, y ahora vuelva a sus deberes.

—¿Me permite la señorita que le diga que me place mucho servirla?

—He dicho que puede retirarse. Un momento, ¿su nombre?

—Carlos Enrique, señorita; Carlos, si lo cree más conveniente.

—Gracias.

Se retiró el criado y Marianne quedó murmurando:

—¿Carlos!

Algunos días después, Carlos estaba en el jardín limpiando una infinidad de pares de zapatos y a cada uno le dedicaba una canción con su buen timbrada voz.

*¿Cuántos tengo para limpiar?
Zapatitos para bailar,
zapatitos para coquetear,
todos de última moda,
ninguno para andar.*

Marianne estaba con su doncella en el «boudoir» y aun cuando oía

perfectamente la voz de Carlos pretendía todo lo contrario.

—Julia, ¿quién canta?

—Es Carlos, señorita; ¿verdad que tiene una preciosa voz?

—Querrás decir que grita mucho. Dile que pase a la biblioteca.

Julia salió para avisar a Carlos y Marianne se dirigió a la biblioteca, sentándose ante una mesa. El criado entró un instante después.

—¿Deseaba verme la señorita?

—Sí. Pase, no se quede ahí parado.

Carlos adelantó hasta donde estaba su ama.

—¿Es indispensable cantar mientras trabaja?

—No, señorita, pero es que disfrutaba con mi trabajo.

—¿Qué estaba usted haciendo?

—Limpiando sus zapatitos.

—¿Le consentía el duque de Vindier que cantara mientras limpiaba su calzado?

—Aunque peque de falta de modestia, he de confesar que su excelencia el duque admiraba mi voz.

—Su voz no me molesta, pero no quiero oírla.

—Muy bien, señorita; siento haberle molestado.

—No solamente me molestan sus canciones, sino su actitud en general. Se porta usted como un aristócrata, no como un criado.

—Más de un noble caballero ha aprendido modales de su ayuda de cámara.

—Esta observación es una impertinencia.

—Muchas verdades resultan impertinentes.

—Usted se portó mal en Francia y le deportaron, le ruego que se comporte aquí. El haber nacido donde nací me obliga a mandar en esta casa y le ruego que no lo olvide.

—Señorita, hasta un duque estaría orgulloso de hallarse a vuestro servicio.

—Nada de exageraciones. Comportese, ocupo su lugar y sabré ser considerada. ¡Quién sabe! Tal vez haya encontrado mejor casa de lo que esperaba.

Carlos miraba a su señorita apasionadamente.

—No es necesario que me mire en esta forma.

—Sólo intentaba expresar mi gratitud, señorita.

—Está bien, ya lo ha conseguido. Oiga, tengo que dar una fiesta. Guizot se cuidará de todo y usted le obedecerá implícitamente... Finalmente, él está al corriente de las costumbres del país mejor que usted y yo. Debemos dejarle manobrar a su gusto.

—Le obedeceré a ciegas, señorita.

—Gracias, Carlos... Y recuerde: a los criados sólo debe vérselos, pero no se los debe oír.

Tía Valerie penetró en la biblioteca como una galerna y extraordinariamente excitada.

—¡Marianne! Vas a chillar cuando te enteres de algo que he sabido.

—Un momento, tía. Carlos, puede retirarse.

—¿Carlos? Es él.

—Sí, ¿qué ha hecho?

—Nada, nada, pero Guizot acaba de decirme que fué el ayuda de cámara del duque de Vidier.

—Ya lo sabía, ¿Qué importa esto?

—¿Qué importa? Pero, hija mía, debe saberlo todo, todo, todo. Ya sabes que el duque es un libertino. ¿No te enteraste de aquella aventura con la princesa? Pero Carlos debe saberlo todo...

—Tía, te suplico que dejes a Carlos en paz. Por supuesto que no le creo capaz de explicar interioridades de la vida del que fué su señor.

—Esto déjalo para mí.

—Te suplico, tía, que no le interrogues.

—Buena, si tú no quieres...—dijo la tía un poco contrariada.

—¡No lo quiero! Ahora hágame de algo que no sea Carlos.

UN BAILE DE GALA

DESDE el momento en que Marianne de Beaumanoir puso pie en Nueva Orleans concibió la idea de dar un gran baile, al que pensaba invitar a toda la oficialidad del buque, entre la que contaba encontrar de nuevo al bravo oficial que le había enamorado.

El rumbo que habían tomado las cosas no le hizo variar de opinión, a pesar de que el que tomó por un apuesto oficial de Marina estaba actualmente de criado a sus órdenes.

Se tomaron las oportunas determinaciones. Marianne encargó al mayordomo Guizot que organizara la fiesta, y una semana después de su llegada se abrían las puertas de la casa de Beaumanoir, que tiempo

hacía estaban cerradas a causa de la muerte de su dueño.

Todo Nueva Orleans destiló por los salones de Marianne, mejor dicho, el todo Nueva Orleans que contara por algo, y a la cabeza de los invitados se hallaba el gobernador y su esposa.

Marianne y su tía Valérie estaban de pie en el gran vestíbulo para recibir a sus invitados. A poca distancia Carlos, desempeñando sus funciones de primer criado, y Guizot, el mayordomo, que cuidaba de anunciar a los que llegaban.

—¡Su excelencia, el conde de Barty y su señora esposa!—anunció Guizot.

—Señorita, su recepción sólo puede compararse a las más impor-

tantes que ofrecía la corte—dijo el gobernador a la anfitriona.

—Realmente, querida, es algo fastuoso—observó la condesa de Barty.

—Gracias, mis queridos amigos. ¿Podríamos reunirnos con los demás invitados?

El gobernador hizo una reverencia a Marianne y ofreciéndole la mano la acompañó hasta otro salón, donde se bailaba animadamente.

Al llegar allí, entró Guizot seguido de varios lacayos, cada uno de los cuales llevaba una bandeja con ricos manjares.

Marianne observó aquel desfile muy sorprendida.

—Perdonad, excelencia, tengo que dar algunas órdenes.

—¿A los pies de usted, Marianne!

La joven se dirigió a Guizot.

—Ha presentado usted una cena sensacional. ¿De dónde ha sacado tantas ideas?

—No he hecho más que seguir las instrucciones de Carlos—repuso Guizot.

—¿Carlos?—dijo Marianne, indignada.

—Sí, señorita, y creo que ha estado acertado.

—¿Con que ha sido él, eh?

—Señorita, hace un instante ha venido usted a felicitarme.

—Sí; pero no quería una fiesta

tan costosa ni que usted se ponga a las órdenes de un lacayo.

Guizot quedó perplejo, y cuando iba a decir algo, se acercaron Dubois y de Piron para felicitar a la dueña de la casa.

—¡Ah, señorita! Su fiesta marcará una fecha en los anales de esta colonia—exclamó Dubois con su habitual exageración.

—¡No hay para tanto! Agradezco su cumplido.

—Esto la convierte en nuestra reina—dijo de Piron.

—Muchas gracias, son ustedes muy amables.

Los tres se dirigieron adonde había un grupo de señoras, entre las cuales se hallaba tía Valerie contando algo que sin duda era muy interesante. A poca distancia estaba Carlos sirviendo a los invitados.

—Lo sé de buena tinta—decía tía Valerie.

Marianne dió una mirada a su tía que le dejó helada.

—¡Hija, les estaba contando lo del duque de Vidier!

La joven sonrió por puro compromiso y esto animó a la vieja chismosa.

—Pues bien; el duque estaba en casa de la marquesa y salieron en su persecución veinte criados y todos los perros del castillo. El duque es-

caió el muro y saltó al balcón de la princesa de... la princesa de...

Se le había olvidado el nombre y dió una mirada pidiendo auxilio a Carlos.

—La princesa de Carabail—dijo el criado.

—Sí, es verdad: la princesa de Carabail. Esta llamó pidiendo auxilio, pero el duque ya había penetrado en su «boudoir», donde permaneció... que sé yo cuánto tiempo.

Todos los que la escuchaban parecieron satisfechos de la narración y tía Valérie, animada por la aprobación que leía en los ojos de los que la escuchaban, continuó:

—Y como si esto fuera poco, dicen que el duque tenía, por lo menos, ¡nueve amoríos más!

Marianne permanecía silenciosa y Dubois a su lado.

—¿Conoce usted al duque, señorita?—preguntó Dubois.

—No; y aunque sólo fuese verdad la mitad de lo que acaba de contar mi tía, es suficiente para desear no conocerle jamás.

Quedaron hablando allí un momento y de Piron se acercó a la joven para hacerle una pregunta, dejándola luego sola.

Carlos hizo una seña a la orquesta y se acercó a su señora.

—Señorita, sus invitados desean oírle cantar.

—¿Quién les ha dicho que sé cantar?

—Guizot ha contado con su voz como uno de los atractivos de la fiesta.

—Pues vamos a ver, ¿qué es lo que Guizot desea que yo cante?—preguntó Marianne, convencida ya de que todo era cosa de Carlos.

—Guizot cree que la canción «Por un beso» estaría bien, señorita.

—Supongo que no me queda más remedio que cantarla. A ver, maestro, toque «Por un beso».

Mientras Marianne cantaba, Carlos no apartaba de ella sus ojos, actitud que no pasó desapercibida de alguna de las damas invitadas. Los cuchicheos y sonrisitas menudearon mientras duró la canción y al terminar, una salva de aplausos premió a Marianne. Carlos también aplaudía entusiasmado.

—Tiene usted una voz deliciosa—dijo el gobernador.

—¡Una voz divina!—agregó una dama—. ¡Una voz que convierte a los lacayos en estatuas!

No pasó desapercibida de Marianne la ironía de la dama colonial, y en cuanto pudo se dirigió a Carlos, que estaba tateando una canción muy bajito.

—¿Es necesario que usted tam-

bién cante? Supongo que luego querrá bailar.

—¡Ah, señorita! Siempre me habla usted de bailes cuando mis deberes me lo impiden.

—¿Sus deberes! Su deber era obedecer a Guizot, no mandarle. Me ha puesto usted en evidencia ante toda la colonia.

—¿Cómo!

—Ha deslumbrado usted a mis invitados con una fiesta costosa a la altura de Versalles.

—No, no; esta fiesta es idéntica a una que se celebró aquí hace muchos años. Un baile que dio gran renombre a la dama que lo ofreció, aquí en Nueva Orleans.

—¿Y es necesario que salga yo imitando a alguna necia?

—La dama era su madre, señorita, y la fiesta se dió al cumplir usted un año.

Marianne no salía de su asombro.

—¿Cómo sabe usted esto?

—He estado quitando el polvo de los libros en la biblioteca, entre ellos el diario de su señor tío. En aquella fiesta su madre cantó «Por un beso». Aquel baile fué la última alegría que tuvo en la tierra.

—Carlos, yo no lo sabía. Cuánto siento haber hablado como lo he hecho... Perdóneme y olvide cuanto acabo de decir.

—Sí, señorita.

La marquesa de Villarroza se acercó a Marianné.

—Hija mía, debemos marcharnos. Ya sabes que vivimos en Baton Rouge y esto queda muy lejos. Además el camino es como el cauce de un río. A ver, joven, ¿quiere avisar a mi coche de...?

—La marquesa de Villarroza; sí, señora—dijo Carlos.

La sorpresa se pintó en la cara de la marquesa.

—Hija mía, tienes un criado que es una joya. Le hemos estado observando mientras cantabas. Parece que te es muy adicto. ¿Le trajiste de París?

—No, es un esclavo. Le adquirió mi administrador.

—¿Comprado? ¡Oh!... ¿Quieres vendérmelo?

—No está en venta—dijo Marianné secamente.

—Pero ten en cuenta que es un gran tipo, es muy espectacular... y las lenguas hablan mucho en Nueva Orleans.

—Las lenguas hablan en todas partes, incluso en Baton Rouge...

—Bueno, bueno; tú escucha lo que se dice en el salón y verás cómo me mandas el criado a galope tendido.

—Señora marquesa—dijo Carlos entrando en aquel momento—, el coche está dispuesto.

—Adiós, hija mía, y no te olvides: me lo mandas a galope tendido... Gracias, joven—dijo la marquesa, sonriendo a Carlos mientras abría la portezuela del coche—. Buenas noches.

Cuando desapareció el coche de la marquesa de Villarroca, Carlos se dirigió al jardín. De entre los arbustos salió Alexander.

—¡Carlos! ¡Carlos! Acaba de llegar el «Luna Llena». ¡Al fin está aquí! Se halla a unas tres millas de la playa. André ha ido hasta allí con una lancha y ha visto el nombre de «Luna Llena». Carlos, ahora esperemos tus órdenes.

—Sacad a nuestros hombres de la empalizada antes de que amanezca. Preparad las lanchas y yo me reuniré con vosotros al amanecer. Ahora no os preocupéis que yo os embarcaré a todos.

Tía Valerie estaba en el pórtico hablando con Dubois y se oían cantos lejanos.

—Parece que alguien canta—dijo Valerie.

—Son los esclavos que se divierten—explicó Dubois.

—¿Están comiéndose a alguno?

—Se supone que no, señora Rossec, pero es Carnaval y también ellos quieren divertirse.

Los últimos invitados acababan de marchar.

Marianne había abandonado los salones para tomar un poco el aire. Guizot se acercó a ella.

—Señorita, le ruego que me perdone por lo que ha ocurrido esta noche...

—No hay para qué, Guizot. La fiesta ha sido soberbia.

—¿Entonces la señorita no está disgustada?

—En lo más mínimo; al contrario, estoy muy satisfecha.

—Gracias, señorita, muchas gracias.

—Guizot, voy a dar una vuelta por el jardín. Traigame un chal.

—En seguida, señorita.

Regresó al poco rato el mayordomo, entregando un precioso chal de encaje a su ama.

Salió Marianne al jardín, cruzó los parterres de flores y siguió un caminito que le condujo hasta una valla de madera que daba a la plantación. Abrió la puerta y el chal se enredó con la valla y cayó al suelo. En aquel instante, Carlos, que regresaba de su entrevista con Alexander, vió a su ama y recogiendo el chal se lo entregó. Desde donde estaban se veía muy bien la plazoleta que los esclavos negros habían elegido para celebrar su fiesta.

—Es un ritual muy extraño—dijo Carlos.

—Usted es un criado muy extraño.

—¿Bajo qué aspecto?

—No lo puedo precisar, pero todo su comportamiento, la manera de mirar, mientras yo cantaba...

—No puedo evitarlo, señorita.

—Estoy temiendo que estuvo usted demasiado tiempo a las órdenes del duque de Vidier. Ha copiado usted su manera de ser, que no es muy recomendable.

—¿No es muy recomendable?

—¿No fué usted quien contó a mi tía todas sus calaveradas? No es digno de comportarse en tal forma, aunque se sea duque.

—Pero supongamos que algún día mi señor el duque se enamorara de verdad, ¿no le redimiría esto de todas las faltas?

—Los de su clase no se enamoran nunca de verdad.

—También él lo creía así, pero un día...

—¿Intenta usted defenderle?

—¡Y si fuera posible usted regresaría a él!

—Nadie más que yo puede defenderlo.

—Si se me diera a elegir, jamás la dejaría a usted, señorita.

La forma en que Carlos se expresó confundió un poco a Marianne, quien dirigiéndose a los esclavos, dijo:

—Mire, ahora los esclavos se dirigen al árbol de las penas. Es una superstición. Creen que la magnolia está encantada. Vea, vea: cada uno de ellos acaricia el árbol y le cuenta sus culpas. Luego se supone que el árbol cura sus tristezas y hace regresar a los ausentes. ¡Qué música más bonita! Mi ama cantaba siempre estas canciones. Tienen una letra muy bonita que casi he olvidado:

El cielo era azul,
la luna creciente...

Una vez mi ama me llevó a consultar el árbol de las penas.

—¿Cuál era su pena?

—Me añoraba.

—¿Se curó la añoranza después de haber consultado al famoso árbol?

—¡Sí! ¡Ya lo creo!

—Yo también sé una leyenda... la leyenda del pastor que amó a una dama noble. Pocas esperanzas tenía de que ella le correspondiera y cantaba, cantaba para calmar las ansias de su corazón.

—¿Y qué ocurrió luego?

—Ella contestó a sus canciones.

—Me parece que recuerdo esa leyenda y la canción también.

—¿Recuerda la letra de la canción?

*Me duele el corazón, por culpa de
[alguien,*

y tú eres ese alguien...

*Conoces la verdad de mi historia,
debes creer lo que ves.*

Algún día amaré a alguien.

*De lejos vendrá alguien
que cantará la misma historia
que tú me cuentas ahora a mí.*

La canción, el ambiente, la noche y el hecho de que ya estaban enamorados, hizo que al terminar Carlos de cantar se acercara a Marianne y la abrazara. Ella quedó sorprendida, pero no tuvo valor para rechazarle. Soltóse rápida de sus brazos y corrió hacia la casa.

Al llegar al pórtico vió el coche del gobernador y a Guizot que la esperaba.

—¿Qué hace aquí el coche del gobernador? — preguntó al mayordomo.

—No sé, señorita; está en el salón con otro caballero.

Marianne se dirigió a ellos inmediatamente.

—Señorita, perdone lo intempestivo de la hora. He venido a presentarle al señor vizconde de Ribaud.

—¡Encantada!

—El vizconde es el jefe de la policía secreta.

—¡Oh!—exclamó Marianne, desagradablemente sorprendida.

—Acaba de llegar de París, señorita, y viene aquí a desempeñar una importante misión.

—Los desagradables deberes de un intruso. Mi misión es oficial. Hoy, como que tengo otros a quienes visitar, no la molestaremos a usted.

—No es ninguna molestia, les aseguro.

—Señorita—dijo Ribaud—, tengo entendido que usted compró varios esclavos. Entre ellos se encuentra uno que es el Duque Carlos de Vidier. Ese Duque ha traicionado a su patria y ahora va al frente de un puñado de hombres valientes. Cuando iban a detenerle en Francia se ocultó tras las faldas de una mujer infeliz que le ayudó a escapar, y así fué como salvó la vida.

—¿Se refiere usted a la Princesa de Carabait?

—La Gaceta anunció el exilio de la princesa... Sin dar el motivo.

—¿Qué ocurrió luego, caballero?

—Nos dimos cuenta de que el Duque había embarcado a bordo del «Joie des Anges» con otros cautivos.

—¡El «Joie des Anges»!—murmuró Marianne.

—Es desagradable que uno de sus criados sea precisamente el fugitivo—dijo el Gobernador.

—Es por este motivo, señorita—dijo Ribaud—, que deseo inspec-

cionar la plantación mañana a primera hora.

—No faltaría más, caballero.

—Imagínese la sorpresa del Duque cuando se dé cuenta de que se le ha descubierto.

—¿Descubierto?—preguntó Marianne dirigiéndose al Gobernador.

—¿No comprende usted, señorita, que de Vidier planeaba hacer escapar a todos los cautivos? El buque en que yo he venido estaba destinado a eso. Afortunadamente lo pudimos apresar. Logrará embarcar, pero para caer prisionero—explicó Ribaud.

—Tal vez se escapará de nuevo para traicionar a alguna infeliz mujer—dijo la joven.

—No tema usted que esta vez se

escape ninguno de los cautivos—dijo el gobernador.

—¡Oh!—suspiró Marianne.

—Tendré soldados en todas las plantaciones. No les quedarán deseos de volver a conspirar.

Marianne, convencida de que Carlos no era otro que el Duque de Vidier, estaba desconsolada.

—La señorita está fatigada—dijo el Gobernador—. Esta visita, después de la fiesta, es una contrariedad. Es mejor que ahora nos marchemos. Buenas noches, señorita.

—Buenas noches.

—Mil perdones por mi visita tan a deshora—dijo de Ribaud.

—Buenas noches—repitió mecánicamente Marianne.

ILUSION QUE SE DESVANECE

CON paso lento, como si le fuese imposible andar, la joven dama se dirigió a la biblioteca y llamó a Carlos. Este se precipitó hacia ella recordando cómo se habían despedido en el jardín, pocos minutos antes.

—¿No se acerque!—gritó Marianne—. ¿Dónde está su peluca? ¿No sabe que los criados la usan mientras están de servicio?

Carlos no podía creer lo que oía.

—¿Qué ha ocurrido, Marianne?

—Acabo de recibir visitas. ¿No los ha visto?

—Oí un coche que se alejaba. Yo me había quedado mirando al árbol de las penas.

—No se explique más. ¿Qué nom-

bre me dijo Brugnion que usted usaba?

—Mi documentación dice Carlos Michon.

—Pues arregle sus cosas inmediatamente.

—¿Por qué?—preguntó asustado y sorprendido.

—Le he vendido a usted a la Marquesa de Villarosa. Tome esta carta y llévela a la Marquesa.

—¿Merezco yo este trato, Marianne?

—Intente permanecer aquí un minuto más y tendrá que hacer frente a las consecuencias.

—Pido una explicación.

—¿Una explicación? Demasiado indulgente soy haciéndole marchar.

—No ponga límites a su bondad.

Semejante despedida me hace feliz,
me alegra ahora poder marchar,

Desapareció Carlos dirigiéndose a
los terrenos de la plantación donde
había varios hombres que le aguar-
daban.

—¡Amigos, somos hombres li-
bres! Me consta que nuestro buque
ha llegado. ¡Seguidme!

Montaron los caballos que ya es-
taban preparados y partieron velo-
ces hacia un sitio determinado.

Marianne observó estos movi-
mientos desde su balcón.

—Ya ha marchado... Te he per-
dido para siempre—murmuró la
joven.

Una canción vino a su mente, y
apoyada en la pared, cantó en voz
muy baja:

Empieza un día interminable

[para mí...

Porque ya he empezado a año-

[rarte,

No estamos muy separados toda-

[oía...

Y el recuerdo de aquel beso

atormenta mi ansioso corazón.

El cielo era azul y allí en lo alto
brillaba la luna.

Así era el amor, y mi corazón

[cantaba:

Amor mío, ¿dónde estás?

Viniste al fin,

triunfó el amor.

Ya pasó el día, ya no estás aquí...

Así era el amor, y mi corazón

[cantaba:

Vuelve a mí, vuelve a mí,
amor mío, vuelve a mí.

Carlos y los hombres que le
acompañaban cruzaron los bosques
y vieron que alguien se acercaba.

—Esconded entre los árboles
—gritó Carlos.

—¡Carlos!—exclamó el que se
acercaba, también a caballo.

—¿Quién habla?—preguntó Car-
los.

—Soy Alexander. Han descubier-
to el complot. El «Luna llena» ha
llegado mandado por de Ribaud. He
visto desembarcar a la marinería y
a de Ribaud visitar la hacienda de
Marianne de Beaumanoir.

—Esto explica el porqué me mar-
chaba a Baton Rouge. ¡Insultante
misericordia!—exclamó Carlos in-
dignado.

—Ribaud ha venido expresamen-
te para ti; por consiguiente, procu-
ra huir y escóndete. No te preocu-
pes de nosotros.

—Si yo me escapo, nos escapare-
mos todos. Hemos de llegar a las
empalizadas antes de que la mari-
nería llegue allí. ¡Vamos!

De nuevo emprendieron rápida
carrera, espoleando los caballos pa-
ra llegar cuanto antes a la empali-

zada donde estaban prisioneros los deportados que no habían sido todavía vendidos como esclavos. Llegaron a la improvisada cárcel desmontando a cierta distancia para

no llamar la atención. Observaron sigilosamente quién y cuántos montaban la guardia para que no fracasara su intento de libertar a los cautivos.

EL ASALTO AL «LUNA LLENA»

CARLOS iba delante de sus hombres, seis en total, y pronto se dió cuenta de que la guardia de la empalizada constaba sólo de dos centinelas.

—¿Cuántos centinelas ves?—preguntó Carlos.

—Sólo dos—contestó Alexander.

—Hay que desarmarlos... silenciosamente.

Tal como lo había dicho, un instante después y sin el menor ruido, los dos centinelas eran prisioneros de Carlos.

—Traed las escopetas de esos hombres—ordenó—. Ahora hay que libertar a todos los cautivos.

—Sí, señor—contestó Alexander.

Desaparecidos los centinelas, fácil les fué a los hombres del Duque

de Vidier poner en libertad a sus compatriotas, y cuando todos estuvieron fuera de la empalizada, les reunieron en el bosque, donde Carlos, subido sobre unas tablas, les dirigió la palabra.

—¡Amigos! ¡Ha llegado el buque que estábamos esperando con tanta ansia, pero no viene a buscarnos! ¡Viene mandado por la policía! Nuestros planes han sido descubiertos y dentro de poco las tropas estarán en la empalizada. Si queremos escapar no podemos perder un instante. Hemos de aprovechar la oportunidad que la suerte nos ha brindado ahora. El «Luna Llena» es nuestro, amigos, y somos lo suficiente fuertes y numerosos para reconquistarlo. ¡Amigos! ¿Quién quiere acompañarme en esta aventura?

—¡Yo no!—dijo uno de los cautivos que le escuchaban.

—¡Amigos! ¿Qué es lo que vamos a perder? ¡Una vida de servitud!

—¡Claro!—dijo otro cautivo—. Pero apoderarse de un barco es piratería, y si nos apresan, representa la horca.

—¡Se trata de nuestro barco!—gritó Carlos.

—La marinería nos matará como a perros—observó otro cautivo.

—Entonces ¿preferís vivir como perros?

—Es demasiado arriesgada la aventura—observó un cautivo.

—No lo creáis. Aquí tenemos a Tambour. Tú fuiste artillero, ¿verdad? Joaquín es marinero...

—¡Sí!—contestó el aludido.

—¡Somos muchos y sabremos demostrar que somos valientes!

El entusiasmo con que hablaba Carlos empezaba a hacer vacilar a los que le escuchaban, pero nadie se decidía.

—¡No importa! ¡No os necesito, iré solo y me apoderaré del «Luna llena», del barco que nos pertenece, que vino aquí a buscarnos y que por un ardido o por la traición de alguien ha caído en manos de la policía!

Carlos bajó del improvisado pedestal, dispuesto a marchar solo.

—¡Esperad, señor!—dijo Alexander—. Yo iré con vos.

—¡Yo también!—gritó Tambour.

—¡Y yo!—dijo otro y otro.

—¡Cinco, seis, ocho, nueve! ¡Ya somos diez!—exclamó Carlos—. Ya somos un batallón. ¿Quién es capaz de detenernos ahora?

Al frente de los hombres que había reclutado, Carlos inició la marcha hacia la playa para apresar el «Luna llena». Cantaba animado ante la empresa, y a los diez hombres que le seguían se unieron algunos más, y como todavía se oía muy clara la voz de Carlos cantando animadamente, consiguió suggestionarlos a todos y no quedó un solo cautivo en la empalizada. Todos sin excepción le habían seguido.

En la playa había unas balsas y remos que les sirvieron para llegar hasta el velero que barloventeaba a unas tres millas. Toda la marinería y oficiales había desembarcado y a bordo sólo había algunos centinelas, ajenos en absoluto al peligro que se acercaba.

Carlos fue el primero que se encaramó a bordo para observar y vio a dos marineros paseando por cubierta. Hizo una señal a sus compañeros cautivos y en un abrir y cerrar de ojos quedaron prisioneros los centinelas y el duque de Vidier y sus hombres dueños del velero.

—¡Atad a esos hombres y encerradlos a la bodega!—ordenó Carlos, constituido ya en capitán del buque—. ¡Preparadlo todo para zarpar inmediatamente! ¡Levad anclas!

Los cautivos obedecían a ciegas las órdenes de su nuevo capitán. Bajaron las velas, que pronto se inflaron, y el «Luna Llena» se hizo a la mar.

—¡Pedro! Tú al timón.

—Muy bien, señor—contestó Pedro, uno de los cautivos más jóvenes y valientes de la expedición.

Mientras el «Luna Llena» surcaba las olas y se alejaba rápidamente de Nueva Orleáns, en la mansión de Marianne tenía lugar una violenta escena.

El gobernador y de Ribaud estaban hablando con la joven hacienda y le comunicaban que el velero había sido apresado por los cautivos, puestos en libertad no se sabía por quién.

La tía Valerie también se encontraba en la biblioteca escuchando la fantástica aventura del «Luna Llena».

—Confío en que no podrá usted capturarlo, señor de Ribaud—dijo tía Valerie—. Sería terrible decapitar a un hombre tan guapo como el duque de Vidier.

—¿Por qué no, señora de Rossac? Tal vez así evitaríamos que robara

más corazones de damas inocentes—dijo de Ribaud, mirando significativamente a Marianne.

—¡Ah! Si yo hubiese sabido de quien se trataba, también le habría ayudado a escapar—insistió tía Valerie.

—Puedo estar satisfecha, señora de Rossac, porque el duque ha logrado escapar sin la ayuda de usted. ¿Verdad, señorita de Beaumanoir?

Marianne no se dignó contestar.

—Señor de Ribaud—dijo el gobernador—, el «Fleur de Lys» le espera y no debe usted perder tiempo en iniciar la persecución.

—¿El «Fleur de Lys»?—preguntó curiosa la señora de Rossac.

—Sí; se dirige a la Martinica y zarpa esta noche. Allí el señor de Ribaud se hará cargo de un barco de guerra y recorrerá todos los mares...

—¿Un barco de guerra?—exclamó de Ribaud—. ¡Toda una flota si es necesario, hasta encontrar a esos piratas.

—Señor de Ribaud—dijo al fin Marianne, que había permanecido silenciosa durante un buen rato—, cuando el «Fleur de Lys» llegue a la Martinica, ¿regresará a Francia?

—Sí, inmediatamente.

—Tía, prepara nuestros equipajes. Saldremos esta misma noche.

—¡Imposible, señorita de Beaumanoir! Esa embarcación no puede

admitir pasajeros de la calidad de usted y su señora tía.

—No importa; estoy decidida a marchar esta misma noche. He sido demasiado infeliz en Nueva Orleans.

—Piense que ese barco lleva una consignación de muchachas francesas que van a casarse con los colonos de la Martinica. Va atestado y es muy incómodo—insistió el gobernador.

—Yo embarcaré en él aunque llevara un cargamento de chimpancés, sólo por poder regresar a París—exclamó tía Valérie—. ¡Oh, París, París!

Fué inútil cuanto dijo el gobernador e incluso el señor de Ribaud. Marianne no quería permanecer un instante más en Nueva Orleans después de todo lo ocurrido y no era ocasión de dejar marchar aquel velero, cuando posiblemente el siguiente tardaría un mes o más en llegar.

Rápidamente se arregló el equipaje y las dos damas se despidieron de la servidumbre y los colonos que con tanta amabilidad les habían recibido, despidiéndolas con pesar.

Antes de medianoche se hallaban a bordo del «Fleur de Lys», donde se acomodaron como pudieron en las mejores cabinas que para las damas dejaron libres algunas de las

muchachas que se dirigían a la Martinica.

Al frente de la expedición de las futuras novias iba el padre Miguel, un anciano fraile todo bondad y resignación.

La dulce voz de Marianne jugó un importante papel en las funciones religiosas que se celebraban a bordo y todas las tardes se cantaban motetes a la Virgen por un coro de muchachas, destacando armoniosamente la voz de la señorita de Beaumanoir.

De Ribaud paseaba por la cubierta hablando con el buen fraile.

—Es maravilloso, padre Miguel, poder escuchar cómo cantan las víperas en pleno mar Caribe, como si nos encontráramos en Francia. Le admiro, padre, por la fe y valentía que inspira usted en esas muchachas.

De Jean, el capitán del «Fleur de Lys», estaba también con ellos.

—No deja de ser una buena proporción para esas muchachas poderse casar con los colonos de esas benditas tierras—observó de Jean.

Un marinero se acercó al grupo de caballeros.

—¡Barco a babor!—exclamó el marinero, excitado.

Todos dirigieron la vista hacia donde indicaba el marinero y fácil

les fué ver un velero que se acercaba.

El capitán se acercó a un oficial que miraba a través del catalejo.

—¿De qué clase de embarcación se trata?—preguntó de Jean.

—¡Piratas!—contestó el oficial.

Sin perder momento, el capitán empezó a dar órdenes.

—¡Encerrad todas las mujeres a la bodega!

Un oficial cruzó la cubierta y dirigiéndose a las mujeres ordenó autoritariamente:

—¡Todas las mujeres a la bodega!

—¿Qué ocurre?—preguntó Marianne sorprendida.

—¡Piratas!—se limitó a decir el oficial.

El pánico entre las presuntas novias fué atroz. Marianne no había perdido la serenidad y de Ribaud al verla tranquila, cuando menos en apariencia, le dijo:

—Señorita, convendría que bajara usted a la bodega para calmar a esas pobres mujeres.

—Muy bien, allá voy.

Marianne se mezcló entre las muchachas, prodigándoles palabras de consuelo y advirtiéndoles que nada tenían que temer. Julia, su camarera, era una de las más alarmadas, llorando ruidosamente, sin sa-

ber todavía qué clase de peligro era el que corrían.

El capitán dió orden de fuego contra el buque pirata que se acercaba rápidamente.

—Parece que les hemos agujereado el casco—dijo el oficial—. Lleva garfios para el abordaje y no tardará en hundirse.

Tal como había previsto el oficial, el «Luna llena» se acercó al «Fleur de Lys» y en un instante los que el capitán y oficiales de este último velero creían que eran piratas subieron a bordo, apoderándose de la embarcación.

—¡Rendirse!—exclamó uno de los hombres de Carlos a un marinero del «Fleur de Lys».

Los hombres del «Luna llena» eran mucho más que los del «Fleur de Lys» y bien dirigidos por Carlos les fué fácil realizar esa hazaña que ellos no habían buscado.

El ruido y los cañonazos habían cesado y las mujeres creyeron que ya había terminado la refriega.

—Parece que ya no luchan—observó Marianne.

Tambour y otro hombre bajaron a la bodega.

—¡Oh, mujeres!—exclamó Tambour asombrado y también contrariado.

Tía Valerie se acercó al aparente pirata.



—Ahora ya no me olvidarás, ¿verdad?



—¿Cuál era su pena?
—¡Me añoraba!



—Marianne, ¿a quién es-
peras?



Marianne de Beaumanoir
y el duque de Vidier.



—En este caso he de suponer que iba disfrazado de oficial.

—La señorita está fati-
gada: mejor que se acueste.



—¿Conoce usted al duque, señorita?



—¡Con que el duque ahora se dedica a pirata!



—Hija mía, tienes un
criado que es una joya!



—¡Valor hijas mías!



—Mi documentación dice
que Carlos Michón.



—Estamos apartados de
las rutas marítimas.



—¡Usted no tiene derecho a hablarme así!

—¡Vos y vuestros compañeros podéis consideraros libres!



—¡Amigos, tenemos más
de lo que podíamos es-
perar!



—¡Sí, Carlos, y esta con-
versación durará toda la
vida!

—Míre usted, si se atreve a poner la mano sobre cualquiera de esas niñas, le partiré la cara de un bofetón—dijo la buena señora.

—¡Cierre el pico, gallina vieja, antes de que sea yo quien le dé un bofetón!—gritó Tambour—Nadie se meterá con sus niñas, abuelita.

La observación y forma de contestar indignó a tía Valerie, poco acostumbrada a alternar con hombres de la clase de Tambour.

—¡Todos a cubierta! —ordenó Tambour.

De Ribaud y Carlos se encontraron cara a cara.

—¡Con que el duque se dedica a pirata! —dijo de Ribaud irónicamente.

—Y con esto privo al señor de Ribaud de apuntarse un éxito en su carrera—repuso Carlos.

—No me priva del éxito, se trata solamente de un aplazamiento. Duque de Vidier, daros preso—dijo de Ribaud.

Una carcajada de todos los hombres de Carlos acogió las palabras de de Ribaud, que siendo él el prisionero quería detener a Carlos.

—Técnico y legalista hasta el último momento—dijo Carlos—. A ver, un hombre. Llevad a ese caballero a su camarote, donde quedará arrestado. Con la máxima consideración... y mayor sospecha.

Uno de los hombres de Carlos cogió a de Ribaud por el brazo y le acompañó a su camarote.

Tambour, Alexander y algunos otros llegaron a cubierta seguidos de las mujeres.

—¿Mujeres, Tambour?—preguntó Carlos muy sorprendido.

—Sí; futuras esposas de los colonos de la Martinica; hay muchísimas—explicó Tambour.

El duque de Vidier no pudo contener la risa.

—Muy bien, Tambour, tú serás responsable de todas ellas.

—Bonito empleo para un artillero—repuso el recién asignado guardián de las mujeres.

Ordenado a medias el pasaje del «Fleur de Lys», Carlos se dirigió al despacho del capitán. Allí estaba de Jean con la cabeza vendada a causa de una ligera herida en la frente.

—Siento mucho lo ocurrido—explicó Carlos—; pero nosotros no íbamos más que a pedirnos que nos dierais provisiones, pues las habíamos casi agotado—explicó Carlos—. Al hundir nuestro velero nos obligasteis a abordaros y a apoderaros de vuestra embarcación.

—Debéis tener en cuenta de que además de pasaje llevamos las mu-

chachas a la Martinica—observó de Jean.

—Os aseguro, capitán, que esas mujeres no corren ningún peligro entre nosotros. Os doy mi palabra de caballero. Yo las dejaré en algún sitio seguro, siempre que no intenten perturbar.

—Dadas las circunstancias, no tengo más remedio que acatar vuestras órdenes, señor duque de Vider.

—Muy bien, capitán, Alexander, acompaña al capitán a su camarote.

Alexander se hizo cargo del capitán con todo respeto y salió del

despacho con él para custodiarle hasta su camarote.

Quedaron solos Pedro y Carlos.

—Oye, Pedro, debemos tomar una ruta que nos conduzca al Sudeste a través del Este.

—Encontraremos mal tiempo—observó Pedro.

—No me importa, me interesa no encontrar más embarcaciones.

—Muy bien, muy bien, señor.

Salió Pedro del despacho del buque capitán para cumplir sus órdenes, alejando lo más posible del peligro al «Fleur de Lys».

UNA DAMA QUE PIDE AUXILIO

TAMBOUR al cuidado de las mujeres, tenía mucho más quehacer que ejerciendo de artillero.

Marianne, que ignoraba quiénes eran los que se habían apoderado del «Fleur de Lys», pero constándole que nada podía esperar de de Jean o de Ribaud, pidió a Tambour para hablar con quien fuese capitán del velero.

Accedió el guardián, aunque de mala gana, y subió a cubierta. Penetró en el despacho donde se hallaba Carlos.

—Hay una pasajera que desea hablarle—anunció Tambour.

—Decidle que pase.

Marianne, que había seguido a su escolta, entró en el despacho. Carlos estaba de espaldas y al oír pasos

se levantó para saludar a su visitante.

La sorpresa por ambos lados no podía ser mayor.

—¡Oh, un placer inesperado!—exclamó Carlos.

—Sin duda es una de sus especialidades disfrazarse de oficial.

La actitud de Marianne hizo que Carlos reaccionara en contra.

—Sea breve en lo que tenga que decirme, señorita.

El tono cortante del duque de Vidier molestó a la joven y adoptó el mismo para dirigirse al hombre que amaba y que despreciaba a la vez.

—He venido a pedirlos que regreséis a Nueva Orleans.

Tambour soltó una carcajada que Carlos silenció con una mirada.

—Mi tripulación no aprobaría esta idea—objetó el duque.

—Supongo que sus hombres pueden comprarse—y al decir esto, Marianne se quitó un rico collar de brillantes y varias sortijas.

—¿Es una de vuestras manías comprar hombres, señorita? Tambour, acompañarás a la señorita de nuevo a la bodega y serás muy amable con ella. Ten presente que me salvó la vida.

—¡Odio el recuerdo de todo ello!

—Es verdad, usted ha contribuido a que ese recuerdo también sea desagradable para mí, señorita. De todas formas, será usted tratada con toda consideración... la misma consideración que tendremos para las jóvenes colonas. Alternen usted con ellas y posiblemente aprenderá algunas cosas.

La joven se disponía a retirarse, pero Carlos la detuvo. Cogió las joyas que ella había arrojado encima la mesa y se las puso en la mano con cierta violencia.

—Tome usted sus joyas, con mi agradecimiento y el de mis compañeros. Tambour, escolta a nuestra invitada a la bodega.

—No necesito a su esbirro, conozco muy bien el camino.

La ruta que había señalado Carlos era ruta de tempestades, tal como había previsto Pedro y antes de

anochecer el «Fleur de Lys» era juguete de las olas. Un viento huracanado encrespaba las olas y la pequeña embarcación parecía hundirse con cada golpe de mar.

El pánico de las mujeres en la bodega era algo espantoso y ni las palabras animosas del padre Miguel ni la serenidad de Marianne lograban calmar a aquellas pobres infelices que ya se veían al fondo del mar.

—¡Valor, hijas mías!—decía el animoso fraile.

Julia, la camarera de Marianne, que también había embarcado con sus señoras, era una de las que más miedo tenía.

—¡No quiero morir, señorita, no quiero morir!—exclamaba sollozando y abrazando a su ama.

—Pero si no ha de morir nadie. Procura ser valiente.

Tía Valerie tampoco estaba muy tranquila y dirigiéndose a Tambour que continuaba ejerciendo de centinela cerca de las mujeres, le dijo:

—¿Has sido tú quien ha desencadenado este temporal?

—¿Esto un temporal? No es más que una ligera brisa.

El personal a cubiertas veía que el peligro era cada vez mayor. Carlos estaba junto al timón.

—¿Qué profundidad?—preguntó a un marinero.

—¡Siete brazas!

Continuaron un rato más empujados ora por el viento, ora por las enormes olas y de repente el marinero gritó:

—¡Arrocifes a la vista!

Sin necesidad de catelejos se velan unas rocas muy próximas y era casi seguro que el velero se estrellaría contra ellas, pues ya no era posible gobernarle.

Los muebles y equipajes en la bodega iban de un lado a otro y las mujeres que intentaban sujetarse a ellos eran arrastradas, porque la fuerza del mar era superior a todo.

Un ruido estrepitoso anunció que el final había llegado y el velero fué a estrellarse contra las rocas.

—¡Todos en los botes salvavidas! —gritó Carlos—. ¡las mujeres primero!

La maniobra de desembarcar y embarcar fué muy difícil tratándose de un pasaje compuesto de mujeres presas del pánico, pero a fuerza de paciencia y disciplina se consiguió embarcar a todo el mundo, o a lo menos así se creyó en principio, y llegar a tierra.

Al momento de poner pie sobre las rocas no sabían si se trataba de una isla o eran solamente unos promontorios rocosos en mitad del Atlántico; y no fué hasta la madrugada, en que calmó el temporal, que

se dieron cuenta de que habían dado con una isla fértil y al parecer despoblada.

Con la luz del día empezaron a introducirse en aquella tierra acogedora que les había prestado auxilio en la noche tormentosa y tanto por la vegetación como por las aves que allí se velan parecía ser un lugar agradable para vivir.

En una plaza natural de la isla, Carlos reunió a todo el pasaje, y mientras los marineros iban a salvar lo que podían del velero, él observaba con un catalejo los alrededores y paisaje.

Pedro llegó al poco rato con otros dos hombres.

—¿Cuál es tu informe, Pedro? —preguntó el jefe de todos.

—Sesenta y dos grados 7 minutos de longitud por catorce grados y 9 minutos de longitud. La isla está deshabitada.

—En este caso, estamos apartados de las rutas marítimas —dijo Carlos—. ¿Falta alguien?

—Sí; el capitán de Jean y tres de sus hombres —dijo Alexander.

—Yo les vi embarcar y dirigirse a tierra —dijo Carlos.

—Indudablemente no llegaron a tierra —dijo de Ribaud, que también se hallaba entre los naufragos—. Usted quería que yo embarcara en

aquella lancha, pero yo preferí embarcar con usted.

Tambour llegó a confiar más información a Carlos.

—Disponemos de cinco por tres millas de terreno deshabitado. Mucha agua, fruta tropical, aves y madera.

—Amigos, tenemos más de lo que podíamos esperar. Además, hemos salvado casi todo el cargamento y esta isla ofrece infinidad de posibilidades; pero todos hemos de trabajar, hemos de realizar un gran esfuerzo—dijo Carlos.

—¡Habla usted como si tuviéramos que permanecer aquí toda la vida!—dijo Marianne indignada.—¡Le exijo que encienda hogueras para pedir auxilio!

—¡Qué!—preguntó Tambour.—¿Para que venga la marinería a apresarlos? ¿No ve usted que nos ahorcarían por piratas, así, por el cogote—y el infeliz Tambour se cogió el mismo el pescuezo, para dar más fuerza a sus palabras.

—¡No es posible!—dijo tía Valérie horrorizada.

—De cualquier forma, señorita, que nos ahorquen o dejen de ahorcarnos—explicó Carlos—, estamos demasiado apartados de las rutas normales para pensar en que pudieran ver nuestras señales... y la madera de que disponamos podemos

emplearla mejor que quemándola. Tambour, Alexander, buscad los mejores leñadores y carpinteros y empezad a trabajar.

Después del horrible temporal de la noche anterior había amanecido un día delicioso. El sol y la deslumbrante luz, cosa corriente en esas tierras en pleno océano, hacían de la isla un sitio paradisiaco, y de no haber estado furiosa consigo misma, Marianne se habría dado cuenta de la belleza de aquel paisaje.

—Pedro—dijo Carlos—, destina a las mujeres para que se ocupen de las vituallas.

El padre Miguel se acercó a Carlos.

—¿Qué les va a ocurrir a las pobres muchachas, señor duque?

—Usted continuará ocupándose de ellas como hasta ahora, y le aseguro que no habrá desorden en esta isla.

—Gracias, señor de Vidier, gracias.

—Señoras, ustedes se ocuparán de guisar y de ordeñar las cabras. Ahora, todos a trabajar.

El grupo se disolvió, quedando tan solo Marianne ante Carlos.

—Muy bien, señor: ¿qué es lo que yo debo hacer? ¿Guisar u ordeñar cabras?

—Es preferible que guise. Los

hombres son más pacientes que las
cabras.

—¿Usted no tiene derecho a hablarme así!

—Es que yo también sé mandar, de la misma manera que usted me mandaba a mí cuando era su criado. El ejercicio del mando depende de las circunstancias. De todas mane-

ras se portó usted bien conmigo...
procuraré reciprocár. Es posible que
encuentre aquí mejores amigos de lo
que esperaba.

— ¡Esto es intolerable!

—¡La ira y la indignación os sientan bien, señorita!

—Este aire protector le hace a usted insoportable. Me voy.

LA VIDA EN UNA ISLA DESIERTA

HABIAN transcurrido algunos días desde que la tripulación del velero, pasaje y prisioneros habían desembarcado y poco a poco se iban acostumbrando al régimen de trabajo y disciplina que Carlos había impuesto a la población.

Marianne había sido destinada a la cocina y lentamente iba aprendiendo a mondar patatas.

Los hombres habían trabajado como buenos y eran ya varias las barracas de madera construidas con cierta elegancia que servían de cobijo a la numerosa vecindad allí establecida.

Las muchachas, que jamás llegarían a la Martinica para contraer matrimonio con aquellos colonos, trabajaban mucho en esta improvi-

sada colonia y salvo Marianne y Carlos, casi se podía decir que todos se consideraban allí felices.

—Marianne—dijo una de las muchachas—, la cocinera pide más leche.

Marianne cogió la cántara y se dirigió donde estaban las cabras y junto a una de ellas intentando en vano ordeñarla, se veía a tía Valerie nerviosa como un mono.

—¡Hija mía, esto es imposible! Estoy segura de que debe existir un sistema más sencillo para ordeñar cabras.

—Yo no sé otro—dijo su sobrina—y no hay más remedio que conformarse.

Carlos, que inspeccionaba todos los servicios, se acercó adonde estaban Marianne y su tía.

—Señorita, estoy muy satisfecho de su comportamiento.

—No estoy trabajando para oír sus cumplidos y no estoy a su servicio.

—No debe usted enojarse por esto. Mi obligación como jefe de la isla es estar al corriente de todo y como no puedo pagarles en dinero, es justo que cuando menos les pague a ustedes de palabra.

—Tengo mucho que hacer esta mañana y no puedo perder el tiempo con palique.

Alexander y de Ribaud llegaron precipitadamente adonde se hallaba Carlos intentando apaciguar a Marianne.

—¿Qué ocurre?—preguntó Carlos al ver la actitud alarmada de aquellos dos.

—¡Casi nada!—dijo de Ribaud—. Un par de sus bravos hombres sufren un ataque de amor fraternal.

Se oyeron unos gritos y Carlos corrió al sitio donde dos hombres sostenían una lucha ante todos los demás.

—¡Armando! ¡Mouton! ¿Quién ha iniciado la pelea?—preguntó el jefe.

—Yo—dijo, valiente, el llamado Mouton—. Le vi coqueteando con mi Madelón.

—Pues no voy a tolerar peleas de ninguna clase—dijo Carlos—. Si

Madelón tiene preferencia por alguno de los dos, ya se sabrá. No les faltan medios a las mujeres para hacerse entender. Pero aquí no se lucha por las mujeres, se trabaja por ellas. Ahora a hacer las paces. Vengan esas manos.

Carlos obligó a los dos hombres a reconciliarse y pareció que la tormenta había pasado.

—Ahora a trabajar todos otra vez.

El padre Miguel había estado observando todo lo ocurrido.

—¿Qué le parezco como pacificador, padre?—preguntó Carlos.

—¡Espléndido! Pero temo que tendrá que perder mucho tiempo pacificando.

—¿Por qué, padre?

—Esta isla es muy pequeña... y los hombres irán en busca de la felicidad. Por otra parte, todas las muchachas son jóvenes y atractivas...

—Tiene usted mucha razón, padre Miguel... Alexander, llama a asambleas.

—Inmediatamente, señor.

Alexander corrió adonde habían situado una de las campanas del velero y tocó a asambleas.

Reunir la población era cosa de poco rato y las mujeres a un lado y los hombres al otro esperaron qué era lo que tenía que decirles su jefe.

Carlos subió a unas tablas, ya dis-

puestas para ocasiones como ésta, y se dirigió a todos.

—Amigos, como ya sabéis, nuestras provisiones de comida y agua son abundantes. Por las indicaciones que se me han hecho, las cosechas serán inmejorables; conseguido, llega el momento de pensar en otras ambiciones y dichas. Pronto, muy pronto, deberemos constituirnos en familias... ¡Vosotras, muchachas, ya habíais aceptado el destierro para contraer matrimonio con los colonos de la Martinica, los cuales os eran desconocidos... Aquí podéis haberos dado cuenta de las virtudes de mis compañeros... Vosotros, hombres, habéis visto la abnegación y la laboriosidad de estas muchachas. No tengo más que deciros que ayudaremos a todas las parejas que deseen contraer matrimonio... ¡Quién sabe si estamos aquí situándonos por unos años o por generaciones!

—Muy bien, muy bien, hijo mío —dijo el padre Miguel, felicitando a Carlos, mientras los hombres y las muchachas cambiaban miradas expectantes y animadoras.

Terminada en esta forma la samblea, cuatro o cinco chicas de las más vistosas se dirigieron a Carlos, todas zalamoras y con afán de gustar y hacerse simpáticas.

Al autorizar Carlos el cortejo en la isla se ponía él también a la mer-

ced de las muchachas, pues era soltero como los demás. Les sonrió a todas, aconsejándoles que no fueran esquivas con los demás.

A la deliciosa hora del crepúsculo, cuando ya todo el mundo había dejado de trabajar, se veían varias parejas paseando por los caminitos más pintorescos de la isla. Casi todas las chicas estaban apareadas; solamente quedaba Marianne, que no hacía caso a nadie.

Pedro, el apuesto timonel y hombre de confianza de Carlos, admiraba a Marianne, pero nunca hallaba el momento de hablarle. Una noche reunió a cuatro amigos suyos y armados de guitarras y otros instrumentos musicales de construcción doméstica fueron a dar una serenata ante la ventana de la casita que habitaba la joven con su tía.

Marianne se hallaba a la ventana cuando llegaron los músicos cantando:

*Marianne, queremos amarte,
lo repetimos a diario...*

—Les ruego que me dejen tranquila. Les agradezco la serenata, pero soy una muchacha trabajadora como las demás y tengo necesidad de dormir. Buenas noches.

Desapareció de la ventana y los muchachos empezaron a cantar de

nuevo. Indignada con aquella impertinencia, se puso un chal y salió de la casa.

—¡Oh, sale de casa!—dijo uno de los coristas.

—Sí; tengo que hablar con Carlos Vidier ahora mismo.

—Muy bien, la acompañaremos—dijeron todos a la vez.

Seguida de los cantores, Marianne llegó ante la casita que habitaba Carlos. Llamó, y como que la puerta estaba abierta, entró.

—¡Buenas noches!...—dijo Carlos.—¿En qué puedo servir a usted a tales horas de la noche?

—En que cese esto. Estas serenatas de día y de noche han de terminar. No estoy dispuesta a tolerar esas desagradables atenciones ni un momento más. Fué su torpe discurso lo que dió pie a todas esas impertinencias, y vengo a pedirle que ponga remedio a ello.

—Con mucho gusto, señorita, ¿y qué me aconseja usted que haga?

—No sé, cualquier cosa, pero debe cesar.

—Es que no sé si tengo derecho a privar a los jóvenes que cortejen a las muchachas...

—No quiero que me cortejen a mí. Estoy cansada de decirselo y me confestan que ya cambiaré.

—¿No cambiará usted?

—¿Tengo yo cara de casarme con un pirata?

—Señorita, su indignación no me conmueve. Finalmente, mis hombres no la han insultado. Es posible que sus atenciones la molesten, pero ellos no tienen la culpa de que usted les guste.

—¡Oh!

—Lo que más siento es que, a pesar de hacer todo lo posible para adaptarse, usted no logra conseguirlo. Usted no es feliz.

—¿Y cómo piensa remediarlo?

—Oficialmente no puedo hacer nada. No puedo cederle una escolta, y si anunciáramos que piensa usted quedar soltera, la pondríamos en ridículo. ¿no le parece?

—¡Oh!

—Pero... personalmente, particularmente, podría hacer algo por usted.

—¿Que?

—Teniendo en cuenta las circunstancias, podría consentir en que usted se casara conmigo.

—¿Consentir usted que yo me casara con...?

—Sí, ni más ni menos.

—¿Se ha dado usted cuenta de que no estoy enamorada de usted y que no lo estaré jamás?

—Por una vez en la vida coinci-

dimos en un todo. Tampoco yo estoy enamorado de usted.

—Pues en ese caso, ¿por qué me he de casar con usted?

—Para que no la molesten los demás jóvenes. Claro que es una solución muy personal de su problema.

—Demasiado personal.

—Señorita, no ofrecí a usted más que un pacto caballeresco. Viviremos bajo un mismo techo, en distintas habitaciones.

—¿Cree usted que le podría tener confianza?

—No exagere tanto su valer, señorita...

—Lo que no exagero es su insolencia. Resolveré mi problema sola. Buenas noches.

Salió Marianne de la casa del amo de la isla desesperada y allí estaban los cantores aguardando.

Tuvo intención de insultarles, de tirarles piedras, cualquier cosa para demostrarles que estaba indignada con todos ellos; pero no hizo nada. Dió media vuelta y entró de nuevo en casa de Carlos.

—¿Otra vez?—dijo Carlos.

—Sí.

—¿Ha variado de opinión?

—Sí.

—¿Por qué causa?

—Los cantores están todavía ahí fuera...

—¿Qué piensa usted hacer?

—Salir los dos y decirles que nos casaremos.

Carlos sonrió sin que en su cara se notara nada.

—Ha resuelto usted sola muy bien. Vamos a anunciarles nuestra boda y así se retirarán.

Marianne y Carlos, cogidos de la mano, salieron a la puerta de la casa.

—¡Muchachos! ¡Sois los primeros en enteraros de nuestro noviazgo! ¡Marianne y yo nos casaremos! Podéis anunciarlo a todos los coloniales y sois los primeros que podéis felicitarnos.

Aparentemente, la noticia fué recibida con entusiasmo por aquel grupo de jóvenes que hacía días venían ofreciendo sus serenatas a Marianne; pero si hubiese sido posible penetrar en el corazón de Pedro se habría encontrado allí un terrible desengaño.

Era Pedro uno de los más apuestos colonos y el amigo íntimo de Carlos, el que había compartido con él sufrimientos, destierro y persecuciones. Al apresar el velero, Carlos le había confiado el timón de la

nave, y al establecerse en la isla desierta, Pedro había colaborado con verdadero entusiasmo. Sentía por Carlos afecto y admiración. De Marianne estaba enamorado y supo sa-

crificarse por su amigo. Sonrió valiente ante la noticia que hundía todas sus esperanzas, pero fué el primero en darles la mano para desearles mucha felicidad.

LA BODA

L A noticia del noviazgo de Carlos y Marianne fue muy bien acogida por los pobladores de la isla. Tanto él como ella eran estimados por sus súbditos y muy satisfecho se mostró también el Padre Miguel, el más ferviente admirador de las dotes de Carlos. Por Marianne sentía también mucha simpatía y reconocía su mérito en adaptarse a una vida tan distinta de la que ella estaba acostumbrada a llevar en Francia.

Se hicieron los preparativos para la boda y bien se puede decir que todo el pueblo se ocupó en ello. Arreglando la plaza donde se serviría el almuerzo y el terreno donde luego se bailaría.

El Padre Miguel también quiso

arreglar un pórtico donde celebrar la ceremonia, y la fertilidad de la isla proporcionó palmeras y arbustos en gran cantidad, lo que permitió convertir los lugares destinados a los festejos, en un auténtico jardín.

Nadie supuso por un momento que la boda de Carlos y Marianne era un puro pacto amistoso para salvar a ella de las molestias que le ocasionaban los jóvenes colonos cortejándola, y todos creían que la pareja estaba enamorada de verdad.

Por otra parte, se conocía su alcurnia y todos encontraban muy natural que los dos aristócratas contrajeran matrimonio. Sólo Pedro no admitía este razonamiento y creía que el amor no conoce clases. Claro está que esto se lo guardaba para sí y nadie adivinaba tampoco al verlo

tan entusiasmado arreglando los arbustos que sufría como si estuviera preparando las coronas para su entierro.

Carlos y Marianne se veían todos los días y ante los colonos disimulaban sus verdaderos sentimientos; pero en cuanto quedaban solos, poco menos que se insultaban. El, con su fina ironía, la molestaba tanto como podía, y Marianne tampoco quedaba corta con sus impertinencias.

Llegó el día señalado para celebrar el enlace del Duque de Vidier con Marianne de Beaumanoir y amaneció radiante de sol y luz. La isla se ofrecía con todas sus galas. El mar que la rodeaba adquiría, bajo los rayos del sol, una variedad de colores inverosímiles. Por estar en primavera, la vegetación era esplendorosa y los pájaros y aves, que no habían huido porque tampoco se les había molestado, parecía que intentaban tomar parte en la fiesta cantando alegremente y volando sobre el espacio poblado.

Apareció la novia vistiendo un traje de campesina, tipo Suzel de «El amigo Fritz», pues no había que pensar en mantos de Manila ni rasos de la Rue de la Paix en una isla desierta. Le bastaba a Marianne su propia belleza para que no se no-

tara la falta de blondas, rasos y joyas.

La llevaba del brazo de Ribaud, quien también había tenido que someterse al reinado de Carlos en aquella república de Robinsones donde habían sido arrojados todos por un extraño destino.

Carlos vestía un traje de señor campesino, salvado de los equipajes del velero, que hacía resaltar su apuesta y atlética figura. Su simpática sonrisa, prodigada ante todos y que todos atribuían a su felicidad, completaba aquel ambiente de alegría y cordialidad que reinaba en la colonia.

La ceremonia fué breve. Les casó el padre Miguel y después de una misa y breve plática, ensalzando las virtudes de los contrayentes, animándoles para que continuaran haciendo bien a sus prójimos, como habían hecho hasta el presente, se procedió al banquete, verdadero festín, teniendo en cuenta donde se hallaban.

En la presidencia se sentaron los novios, el padre Miguel, tía Valeris, de Ribaud, Pedro, Alexander y Tambour.

La comida y el vino animó a todos menos a los novios. Estos sabían de antemano la vida que les esperaba y no se sentían con ánimos para fingir. La más abatida era

ella, y de vez en cuando, Carlos le decía en voz baja:

—Procura sonreír.

Entonces Marianne hacía una mueca que los comensales interpretaban por una sonrisa.

—Ya he sonreído.

—Perdona, no me he dado cuenta.

De nuevo quedaba sumida Marianne en triste meditación sin apenas darse cuenta de la algarabía que la rodeaba.

Julia, la camarera, estaba muy afectada ante la boda de su ama, y en cuanto pudo se levantó de la mesa y corrió a su lado.

—¡Oh, señorita, estoy tan emocionada que podría llorar!

—¡Yo también, Julia!

Alexander, satisfecho ante lo que creía la felicidad de su gran amigo, dijo a éste:

—¡Qué hermosa fiesta, verdad!

—¿Cuál?—preguntó Carlos, tan ajeno a todo como su mujer.

—¡Esta! ¡Tu boda!—insistió Alexander.

—¡Es verdad! ¡Muy hermosa!

—¡Que hable la novia! ¡Que hable la novia!—gritaron varios de los invitados al festín.

—Las gentes quieren que hables, Marianne—dijo su marido.

—Pues hablaré si me obligas a ello.

—¡Te obligo!

Marianne se puso en pie.

—¡Amigos! Os doy a todos las gracias.

La novia iba a sentarse dando su discurso por terminado, pero Carlos la obligó a continuar.

—No basta lo que has dicho, has de expresarte más extensamente...

—No tengo palabras con que expresar los sentimientos que reinan hoy en mi corazón...

Carlos comprendía perfectamente la intención de las palabras de su mujer.

—Este día señala en mi vida una fecha que no olvidaré jamás... y espero que esta boda... proporcione a Carlos la misma felicidad que representa para mí. ¡Gracias a todos!

Marianne había hablado sin sonreír, poniendo mucha intención en cada una de las palabras que había pronunciado; pero esa intención había pasado inadvertida a todos, incluso a Pedro, quien creía implícitamente en la felicidad de su amigo.

Tambour, con su brusca cordialidad, levantó la copa y exclamó:

—A la salud de los Carlitos y las Marianitas que vendrán.

Marianne no pudo disimular su desagrado, pero una mirada de Carlos la obligó a guardar silencio.

—¡Carlos!—dijo tía Valerie—.

L U N A L L E N A

Debería besar a tu esposa después
del bonito discurso que acaba de
pronunciar.

Carlos se inclinó hacia su esposa
y la besó en la frente,

—No le des importancia—dijo
Carlos.

—¡Claro que no!—repuso la no-
via.

—¡Música!—dijo Carlos.

LA ULTIMA SERENATA

VARIOS colonos, entre ellos Pedro y los que daban serenatas a Marianne, cogieron los instrumentos y se pusieron a tocar y cantar.

*Nuestra felicitación
a la novia tan bonita
que has sabido elegir...*

Carlos se animó al oír la canción de sus amigos y entonó un solo con la misma tonada.

*Digo adiós a la libertad,
pero ella bien se lo vale...
Sé lo que mi vida será...*

La novia no quiso ser menos y también se puso a cantar.

*Será un cielo para mí...
Seré la esposa más feliz
junto siempre a mi amor...
Nuestra vida será alegre,
dos seres que se amarán...
que siempre se amarán.*

—¡Bueno! ¡Ahora, todos a bailar!—dijo Carlos.

Y no tuvo que rogarles mucho, pues se dirigieron al sitio que ya estaba dispuesto para la danza y se empezó a bailar de lo lindo.

Sentados ante la mesa, sólo quedaron los novios y Alexander mirando a los que bailaban. Marianne bostezó.

—¿Está usted cansada, Marianne?—preguntó Alexander.

—No, no, se lo aseguro, no me

importaría nada permanecer aquí toda la noche.

Las protestas de la novia no convencieron a Alexander, y subiendo encima de un banco se dirigió a los invitados.

—¡Amigos! ¡Escuchad! Hemos de dar las gracias a los novios por haber aceptado esta fiesta en su honor, pero todo tiene su fin. Mañana todos tenemos que trabajar y no podemos estar bailando toda la noche.

—¿Por qué no?—preguntó Marianne.

Alexander la oyó y dirigiéndose a ella solamente le dijo:

—Comprendo que deseáis retiraros, ya es hora.

—¡Es realmente encantador!—comentó tía Valerie entusiasmada con todo y con todos.

—Tit, te suplico que no digas ridiculeces.

Los colonos habían obedecido a Alexander y se dio el baile por terminado, acompañando todos a los novios hasta su casa.

Cuando llegaron allí, alguien dijo:

—¡Carlos, debes entrar a tu esposa en la casa en brazos!

—¡Cuidado que me toques!—dijo Marianne en voz baja.

A pesar de su protesta, Carlos la levantó en sus brazos como si fuera

una pluma y recorrió con ella las estancias de su morada.

—¡Déjame en el suelo, salvaje!—gritó ella.

—¡Con mucho gusto!

Al decir esto, Carlos la depositó sin ninguna violencia sobre una butaca.

—Esta es tu habitación, señorita, es decir, señora, y espero que será de tu agrado.

—Lo será siempre y cuando tú tengas presente que sólo me he casado contigo para que me protejas... y que esta habitación no es precisamente el «boudoir» de la Princesa de Carabail. Además, supongo que la puerta tiene cerradura.

Sonrió Carlos antes de contestar, como si dudara de lo que iba a decir.

—¡Oh, sí! ¡Ambas puertas tienen cerradura!... Y a propósito de la Princesa de Carabail, parece que tu tía sabe interrogar mejor que escuchar. La princesa que me ayudó a escapar tenía ochenta años, y además era mi abuela. Hace sesenta años que un Duque de Vidier penetró en su «boudoir» y se casó con ella. Mi abuela, hoy día, posee más corazón y cerebro que belleza y orgullo tienes tú.

Carlos hablaba muy serio, y al terminar su explicación cogió un leño grande, casi una viga, y lo ofreció a su esposa.

—¡Aquí está la cerradura, procura correr la balda! ¡Buenas noches!

Marianne cogió el leño y se levantó corriendo hacia donde había ido su marido.

—¡Carlos! ¡Carlos!

Se volvió él para mirarla extrañado.

—¿Dijiste que tenía ochenta años?

—¡He dicho buenas noches!

Ante la brusquedad de su esposo, ella no insistió y continuó diciendo para sí:

—¡Ochenta! Casi son cien. ¡Qué viejecita más encantadora!

Y Marianne sonreía satisfecha ante la imagen que veía en su imaginación de la abuelita de Carlos.

De repente se puso seria.

—¿Qué importa todo esto? Para el caso es también como si yo tuviera ya ochenta años.

Nerviosa y descontenta soltó el leño, que había conservado en la mano, y le cayó sobre un pie. No pudo contener un grito de dolor, y Carlos acudió adonde se hallaba.

—¡Ya veo! Se ha caído la llave. Ven, dame la mano, te acompañaré hasta la cama. Ahora siéntate.

Marianne se sentó encima de la cama.

—Déjame ver si estás herida... Este pie necesitará atención.

Carlos quitó el zapatito de su esposa y examinó el pie cuidadosamente.

—¿Puedes moverlo?

—No quiero moverlo—contestó ella muy seria.

—Pues dame un puntapié si eso ha de hacerte feliz. ¡Aquí, en la barbilla!

Y Carlos señaló su cara.

—No tengo ganas de reír.

—Muy bien, puedes llorar, si lo prefieres.

—No quiero.

—¡Bueno, no importa! Oye, ¿podrías decirme...?

—No tengo ganas de hablar.

Mientras tanto, el marido iba examinando el pie y moviéndolo suavemente.

—No hay nada roto. El tobillo... perfecto.

Carlos levantó la vista y vio que Marianne estaba llorando.

—¿Lloras? ¿Tanto te duele?

—No.

—Pues ¿por qué lloras?

—No lo sé...

—Quieres decir que no me lo quieres decir.

—No me hagas preguntas, te lo suplico.

—Bueno, no te diré nada más. Echate a descansar y te encontrarás mucho mejor mañana.

—Sí, Carlos.

—Muy bien, buenas noches.

—Descansa bien, Carlos.

—Gracias. Buenas noches.

—Buenas noches. Sueños agradables.

—Igualmente.

Carlos ya estaba en la puerta, decidido a salir definitivamente, cuando Marianne le llamó de nuevo.

—¡Carlos, espera!

El retrocedió.

—¿Qué deseas?

—Quería darte las gracias, Carlos. Has estado muy amable conmigo.

—¿Esperabas que te pegara?

—No, pero siendo así, se me hace más fácil decirte algo...

—¿Sí?

—Sí, pero si te lo digo, antes has de prometerme que luego te irás inmediatamente.

—¡Prometido!

—Pues quería decirte que temo que te he juzgado mal.

—¿De veras?

—Sí, te admiro por todo lo que has realizado en esta colonia, por tu bondad con todos, absolutamente con todos..., por tus locos ideales, valentía y... también porque me has dejado que en algo te ayudara.

Carlos miraba atento a su mujer mientras iba hablando con calma, como si le resultara un poco difícil hacer aquella confesión.

—Espero, Carlos, que a partir de hoy seremos buenos amigos.

—Yo lo hubiese sido siempre. Tú creaste esta situación violenta. De todas maneras te agradezco que, aunque tarde, reconozcas tu error. En cuanto a ser buenos amigos... hay mucho que hablar sobre eso.

—Sí, ya lo comprendo.

—¿Qué es lo que comprendes?

—Mejor hubiese sido decir lo que temo.

—¿Temas algo?

—¡Sí!

—Dímelo.

Esta confesión era la más difícil para Marianne, pero estaba resuelta a decirlo todo.

—Temo que algún día... una de las muchachas de la colonia te robe el corazón, y yo quiero que sepas...

Marianne apenas podía hablar. La emoción le obligaba a hacer muchas pausas y no quería de ninguna manera llorar ante Carlos.

—Quiero que sepas que cuando eso ocurra... yo me sentiré feliz, sí, feliz, por ti. No me opondré a tu felicidad.

Su marido la miró fijamente. Ella ya había terminado.

—Marianne, ¿estás segura de que era eso todo lo que querías decirme?

—Sí, sí, nada más.

—¿Estás bien segura?

La emoción de Marianne no había

pasado inadvertida de Carlos. Él no había olvidado aquella primera entrevista en la cabina del capitán a bordo del «Joie des Anges», ni los días pasados en su hacienda de Nueva Orleans, como tampoco la última noche en el jardín mientras contemplaban la fiesta de los negros. Carlos estaba seguro de que Marianne le quería y se daba cuenta de que ella estaba luchando con su orgullo.

—Sí, Carlos, quería decirte otra cosa.

—Tú dirás.

—Carlos, desearía que me trataras como a una segunda princesa de Carabail.

—¿Como a mi abuelita?

—Sí. Debe ser encantadora. Ella tendrá todo lo que yo no tengo, ¿verdad?

—Sí, sí, todo menos algunas cosas.

—¿La quieres?

—¿A quién?

—Pues a tu abuelita.

—Claro que la quiero, como se debe querer a una abuela.

—Ahora, amigo mío... buenas noches.

—Marianne...

—¿Qué deseas?

Carlos estaba de pie junto a la cama de Marianne y aunque hacía como que iba a marcharse, perma-

necía quieto como si esperara alguna cosa.

—Nada, estaba pensando en mi abuela...

—¿Te sabe mal que haya evocado su recuerdo, Carlos?

—De ninguna manera. En el curso de mi agitada vida, tal vez el recuerdo de esa dulce anciana es uno de los mejores que guardo.

Marianne miraba a su marido y pensaba que por mucho que hablara de la princesa de Carabail, su imaginación no estaba tan lejos como él quería simular.

—Supongo que mañana trabajarás como los demás días y ya es muy tarde, conviene que te retires.

—Sí, mañana será para mí un día como cualquier otro.

—Para mí también.

Y, sin querer, Marianne suspiró.

—El orgullo es un mal consejero, esposa mía.

—¿Soy orgullosa?

—Sí, hasta sacrificarte a ti misma en aras de ese orgullo.

—No me juzgues todavía.

—Tengo mis motivos para hablar así. En el «Joie des Anges», en Nueva Orleans, aquí mismo, has pasado muy malos ratos por no querer adaptarte a las circunstancias, hasta que fuese yo quien mandara.

—Tu engaño desde un principio tuvo la culpa de todo.

—¿Cómo querías que yo, un dingo a pesar de todo, te dijera que era un deportado? Te conocí inmediatamente; es más, sabía que ibas a bordo y no quise presentarme en tan malas condiciones. No tuve tiempo de reflexionar. Estaba ante una dama y mi obligación era no ofenderla. No, Marianne, no tienes razón, no la has tenido nunca.

—Es curiosa nuestra luna de miel... Discusiones y más discusiones.

—Conste que yo no las he buscado.

—¿Quién se me ofreció en matrimonio?

—Yo, sólo para protegerte.

—Has cumplido con tu deber y te he dado las gracias...

—Con lo cual quieres decir que mi misión ya ha terminado.

—Sí, Carlos; pero no quisiera que

te marcharas enojado. Te he pedido que fuéramos buenos amigos.

—Lo somos.

—Buenas noches, Carlos. ¿Tienes algo más que decirme?

—En el curso de esta conversación has mostrado un vivo interés por mi abuelita.

—Sí.

—¿Sabes qué costumbre tenía esta buena señora?

—No.

—Todas las noches, cuando yo iba a despedirme, me daba un beso.

—¿Oh!

—¿Lo encuentras extraño?

—No, pero ¿no te parece que en mi caso, si te doy mi bendición será suficiente?

—No, no, es muy distinta una cosa de otra. Un beso, por pequeño que sea. Cerraré los ojos y no me enteraré de nada.

—Ya lo supongo.

UN AVISO INESPERADO

MARIANNE había mejorado de humor y le resultaba difícil rechazar la petición de su esposo, tan hábilmente presentada, y acercándose a él iba a besarle cuando se oyó un fuerte cañonazo.

—¿Qué es eso?—dijo Marianne asustada.

—No sé—contestó Carlos para no alarmarla, aun cuando estaba seguro de lo que se trataba.

—¿No sería un cañonazo?

Carlos se acercó a la ventana fingiendo observar desde allí.

—Sí, ha sido un cañonazo—dijo regresando adonde estaba ella.

—¿Será algún barco que viene a buscarnos?—preguntó Marianne.

—No sé, Marianne, no sé.

Carlos vacilaba, no sabía exacta-

mente qué partido tomar, cuando se oyó que alguien entraba en la casa.

Era Alexander, que llegaba extraordinariamente excitado.

—Carlos, la isla está rodeada de buques de guerra franceses.

—Pues no podemos perder un momento, vienen a apresarnos—dijo Carlos—. Ordena que salgan todos los hombres.

—Pero ¿cómo puedes presentar batalla a toda una escuadra?

—Se trata de luchar o morir, Alexander.

El duque de Vidier miró a su esposa con ternura. Aquel cañonazo había puesto fin al idilio que se iniciaba entre los dos y ahora no podía perder un instante.

—Marianne, he de marchar. Per-

donia todo el mal que te he causado. No sé si volveremos a vernos jamás. La escuadra no ha sido mandada aquí con buenas intenciones. A ti no te pasará nada. Adiós, Marianne.

Sin un abrazo, sin un beso y sin mirar atrás, Carlos siguió a Alexander, que, discretamente, ya había salido de la casa.

Marianne quedó mirando a la puerta por donde había desaparecido él, inmóvil como una estatua. Reaccionó de repente y corrió hacia la ventana.

—¡Carlos, Carlos, regresal! ¡Debes volver a mí! ¡No puedo quedar sola!

Eran inútiles los gritos de la novia, Carlos estaba ya muy lejos y no podía oírla.

—¡Carlos, Carlos! —gritó con menos fuerza, convirtiéndose el grito en un sollozo.

Alexander había tocado la campana para avisar que todos los hombres acudieran a la plaza. Carlos les dirigió la palabra.

—Una escuadra completa rodea la isla y es seguro que vienen a apresarnos a todos. Llegan cuando a muchos les sonreía la vida en esta isla, que hallamos desierta y hoy es una floreciente colonia. ¿Qué pensáis hacer? ¿Presentar lucha? ¿Escondernos en los bosques y burlar sus pesquisas? Encontrarán a vues-

tras mujeres y se las llevarán a Francia. Nunca se había presentado un problema tan difícil como el que ahora estamos afrontando. Si nos entregamos, es la cárcel para muchos años. Recordad que somos cautivos fugitivos y pesa sobre nosotros el apresamiento del velero. De Ribaud informará en contra de nosotros. Debemos ser valientes y presentar batalla. Es seguro que nos vencerán, pero moriremos como valientes. ¡Todos con nuestras armas a la playa!

Como un solo hombre, todos obedecieron las órdenes de Carlos y se dirigieron a la playa, él al frente.

El padre Miguel bendijo a los cautivos en lo que él creyó que era su última aventura.

Cuando los pobladores de la isla llegaron a la playa, la marinería ya había desembarcado y no dispararon contra los cautivos, a pesar de ver que llegaban armados. Tampoco éstos hicieron fuego.

La misión parecía pacífica, pero no se podía fiar demasiado.

Carlos se dirigió a uno de los marineros.

—¿Con qué intenciones venís?

—Ahora desembarcará el almirante y os lo comunicará.

Tal como indicó el marinero, se veía a lo lejos una lanchita en la que sin duda iba el almirante.

Llegó éste a tierra y decididamente se dirigió a Carlos.

—¿El duque de Vidier?

—Sí, almirante, a vuestras órdenes. ¿Venís en son de guerra?

—No, de Vidier; soy portador de buenas noticias.

Carlos dudaba de lo que oía.

—¿Ha cambiado el Gobierno en Francia y sois libres?

—Almirante...

—Ravelle.

—Almirante Ravelle, ¿no os burláis de unos hombres que están a vuestra merced?

—De Vidier, ratifico mis palabras: vos y vuestros compañeros podéis consideraros libres.

—Pues vamos a comunicar la buena noticia a mi esposa.

El almirante, entre Carlos y Alexander, seguidos de todos los hombres de la colonia, emprendieron la marcha hacia la cabaña del jefe de la isla.

Marianne se hallaba todavía en la ventana escudriñando un horizonte que parecía cerrado.

—¡Marianne! —exclamó Carlos.

—No hemos de temer nada, somos libres en absoluto, todos, todos.

—¿Y aquel cañonazo?—preguntó ella todavía ansiosa.

—Fue una salva para avisar nuestra llegada—dijo el almirante.

—Marianne, el almirante Ravelle

es el portador de la buena noticia.

—Almirante—dijo Marianne adelantándose—, aceptad mi bienvenida.

—A vuestros pies, señora.

—Vuestra llegada, almirante—dijo Alexander—, ha interrumpido la luna de miel del matrimonio de Vidier.

—¡Oh! ¡Maravilloso! En ese caso mis noticias son el regalo de boda a la feliz pareja.

Carlos rodeó el tallo de Marianne con su brazo mirándola con cariño.

Los acontecimientos de los últimos tiempos habían sido tantos que Marianne de Beaumanoir temía que todo lo que estaba ocurriendo no era más que un sueño del que despertaría súbitamente y se hallaría de nuevo a bordo del «Joie des Anges»; Carlos en la bodega, cantando canciones patrióticas, y ella baladas frívolas en el salón del velero.

El recuerdo de aquel viaje pesaba todavía en su corazón; Marianne no podía olvidar que el cautivo había intentado hacerse pasar por oficial, y gracias a esto había logrado interesarla. Después siguió lo que ella siempre supuso era una farsa, al presentarse en el palacio con carácter de criado. El interés fué en aumento. Jamás pudo ella entonces sospechar la verdad, atinar en quién podía ser aquel extraño personaje

que por segunda vez se cruzaba en su vida, y su estupor ante la llegada de Ribaud a altas horas de la madrugada acompañado del gobernador para avisarla de que en su casa albergaba a un traidor y que éste era el duque de Virier. Y Marianne entonces, hubiese querido llamarle para que compareciera delante de aquellos caballeros y allí para que ellos lo oyeran, explicarles cómo le había conocido, desenmascararle, cruzarle el rostro con su abanico... y no obstante no pudo hacerlo. Creyó que se desmayaría, sintió la angustia de la muerte, no por el peligro que para ella representaba haber dado albergue a aquel hombre, sino por temor a que le prendieran. A este sentimiento obedeció el fingirse cansada. Era indispensable que aquellos hombres salieran de su casa, que la dejaran sola para reflexionar, para actuar con la cabeza, aunque temía hacerlo con el corazón. Y así lo hizo. No tuvo valor para entregarlo y sólo pensó en facilitarle la huida.

Qué difícil fué aquel momento en que Carlos, pensando tan sólo en aquellos momentos pasados observando a los indígenas ante el árbol de penas, al entrar en el despacho sus ojos revelaron toda su pasión.

Pero no era aquel momento para debilidades. Lo indispensable era

ponerle a salvo, y reuniendo todas sus energías, pudo darle órdenes terminantes, incluso reprenderle porque se presentaba sin peluca. El estupor se pintó en su semblante y ella por un instante temió que no podría seguir fingiendo, y tan sólo el recuerdo de que su cabeza pendía de la huida pudo darle fuerzas para despacharle con el pretexto de que llevara una carta a la marquesa. Posiblemente le perdería para siempre, pero si ella podía llevar consigo el recuerdo de que le había salvado la vida, éste sería el único consuelo que conservaría a través de los años, de un amor que siempre había parecido imposible. Luego, encontrarse de nuevo en alta mar, convencida de que él había abrazado el oficio de pirata, sus desaires cuando ella fué a pedirle que regresara a Nueva Orleans, la terminante y brusca negativa, hasta llegar a la isla desierta, y ahora... ¿No era esto un sueño, una pesadilla?

Ella estaba maravillada ante cuanto veía y oía. Minutos antes, cuando no sospechaba que tenía tan cerca la libertad, había estado discutiendo con su marido cosas que en realidad eran nimiedades ante la dicha que de repente se presentaba ante ellos.

—Almirante Ravelle—dijo Marianne—, es más que un regalo de

boda lo que habéis traído para nosotros; es la felicidad de dos vidas.

—Mi misión hacia todos vosotros me halagaba—repuso el almirante—. Sabía que mis noticias quitarían un peso de vuestros corazones. La libertad, el regreso a la Patria sin temores de ninguna clase, son cosas que para los que se consideran cautivos representan casi tanto como la vida misma. Lo que nunca podía imaginar era que llegaría a tiempo para felicitar al duque de Vidier y ofrecer mis respetos a su noble esposa, y esto, para mí, queridos amigos, es también una gran satisfacción.

—Difícilmente olvidaremos esta fecha—dijo de Vidier—. No se llega al final de una aventura como la nuestra sin antes haber sufrido mucho.

—Lo comprendo, de Vidier.

—La travesía desde Francia hasta Orleans fué una dura prueba para todos. Mi esposa puede atestiguarlo.

—¿Viajaba la señora en el mismo buque?

—Sí; pero no en la bodega como nosotros—se apresuró a aclarar de Vidier.

—Nadie conocía su personalidad, duque; de lo contrario...

—Es posible que todavía lo hubiese pasado peor.

—Jamás sospechamos que el duque de Vidier estuviera entre los cautivos—explicó Marianne—. ¿Quién lo iba a suponer!

—Sus andanzas eran bien conocidas en París—dijo el almirante sonriendo maliciosamente.

Marianne miró a su esposo y recordó su reciente conversación.

—Todo eso ya ha pasado—dijo Vidier—. Ahora habrá que pensar en nuestro regreso a Francia y empezar una nueva vida. ¿Es mucho lo que tendremos que realizar!

—Creo que es más difícil fundar una colonia, como ya habéis hecho, de Vidier, que regresar a vuestra patria. Esta isla sería desierta, sin duda alguna. Está apartada de las rutas marítimas.

—¿Le ha costado mucho encontrarla, almirante?

—Más de lo que pensábamos, pero estaba resuelto a no regresar a Francia sin antes haberos encontrado.

Gracias, almirante; puede contar con mi reconocimiento y el de este puñado de valientes por toda su vida.

—Gracias, gracias a todos.

Marianne miró a su esposo, y la mirada no pasó desapercibida de Ravelle.

—De Vidier, colonos todos—dijo

el almirante—, ahora yo me retiro y creo que todos debéis retiraros. Mañana, con el nuevo día, podremos hablar de lo que resolváis acerca de vuestro regreso a Francia o vuestra permanencia en esta isla. Podéis decidir lo que os plazca, porque sois libres. ¡Buenas noches!

—Buenas noches, almirante—dijeron Carlos y su esposa.

Instantes después quedaba solitaria la casita de los recién casados.

Todos los colonos se habían marchado.

Carlos y Marianne estaban en la puerta todavía, ninguno de los dos se atrevía a entrar.

Carlos fué quien rompió aquel delicado paréntesis.

—¿Qué te parece, Marianne, si continuáramos la conversación que ha interrumpido el cañonazo?

—¡Sí, Carlos, y esta conversación durará toda la vida!

FIN

LA MUJER DE LAS DOS CARAS



Sublime creación de

GRETA GARBO

y del simpático

MELVYN DOUGLAS

...

NOVELA DE INTRIGA FEMENINA

...

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DE

Editorial Atlas

NOVELAS POLICIAECAS

A 2 ptas.

LA MASCARA DEL OTRO
EL CRIMEN DEL SIGLO
SECUESTRO SENSACIONAL
LA VUELTA DE ARSENIO LUPIN
EL DETECTIVE Y SU COMPANERA
LOS DEFENSORES DEL CRIMEN

A 2 50 ptas.

EL CRIMEN DE MEDIANOCHE
ACUSADA
EL MISTERIO DE VILLA ROSA
BAJO EL MANTO DE LA NOCHE
EL ASESINO INVISIBLE
ALARMA EN EL EXPRESO
EL SOBRE LACRADO
LA CULPA DEL OTRO
EXTRANOS EN LUNA DE MIEL
UNA HORA EN BLANCO

Pedidos a

EDITORIAL ALAS — Apartado 707 — BARCELONA

Los artistas más célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

El bailarín pirata	Charles Collins
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Agencia de amor	Gene Raymond
Héctor Flanmeca	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazari
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Fompador	Kate de Nagl
Melodía roja	Willy Hingel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Capido sin memoria	Ann Sothern
Maria Hona	Paula Westely
Pasado Jamaica	Charles Laughton
El casti Vani	Clive Brook
Quimera de Hollywood	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	Hains Rulman

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Sabú, Tormay de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
Los dos niños de París	C. Borghon
¡Es mi hijo!	Lil Dagover
La última avanzada	Clay Grant
Vacaciones Juan Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Creta Carbo y Robert Taylor
Mortal sugestión	Ann Harding
Una chica imposible	Danielle Darrieun
Bojo mar de la noche	Edmund Lowe
Alarma en el expreso	M. Redgrave
Crimen de medianoche	Ramón Novarro
El signo de la Cruz	Fredric March
El asesino invisible	Walter Abel
Los dos pilares	Jacques Tavel
Pygmalion	Leslie Howard
Maria Estuardo	Karl, Heburn
Cuidado con la q. hace	Michael Redgrave
Por la fama y el honor	Paul Lukas
El día que me quieras	Carlos Gardel
El pequeño lord	Fred. Bartholomé
Tarzan de las fieras	Buster Crabbe
Alberque nocturno	Greta Gynn
El misterio de Villa Rosa	Judy Kelly
Acusada	Delores del Río
Forja de hombres	Mickey Rooney
Lo prefiero millonario	Gene Raymond
Los peñeros de la gloria	James Cagney
La bella rebelde	Ann Sothern
Buscando fama	Don Ameche
Una mujer imposible	Jenny Jugo
El hombre del Níger	Victor Francis
Extranos en luna de miel	Hugh Sinclair
Andrés Harvey Tenorio	Mickey Rooney
Práto dorado	Clark Goble
El secreto del marqués	Armando Falconi
Irene	Ana Neagle
Una hora en blanco	Franchot Tone
La batalla	Charles Boyer
La familia Robinson	

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas

La última falla	Miguel Ligeró
La reina mora	Maria Arias
Rinconcito madrileño	P. C. Velázquez
Marie de la O	Carmen Amaya
(No quiero) ¡No quiero!	Jose Daviera
En un tres y tres	Luisita Gargallo
Bohemios	Emilia Allaga
Don Floripondio	Valeriano León
Los hijos de la noche	Miguel Ligeró
Martingala	Niño Marchena
Rápido estado	Celia Gámez
Usted tiene hijos de mu- jer fatal	R. de Sentmenat
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
¡Al-Alá!	Inés de Val
¿Quién me compa un ho?	Maruja Tomás
Alas de paz	Luis de Valois

SERIE ALFA

2'50 Ptas.

Carman, la de Triana	I. Argentina
El sobre sacado	L. Corrallo
La Dolerosa	Rosita Dix
La Millena	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Gloria del Moncayo (Los de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligeró
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Mujeres de viento	Pedro Tard
La alegría de la huerta	Flore Sentacris
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
Sol de Valencia	Maruja Gámez
Melodía de arrobal	I. Argentina
Misterio en la Mariama	C. Gardel
Rosas de otoño	Tony D'Algy
La patria chica	M. F. L. Guevara
La chica del gato	Estrellita Castro
Un anredo de familia	Josita Hernán
La culpa del otro	Mercedes Vedón
Fija de curso	Luis Prades
Mi enemigo y yo	Luchy Soto
	Josita Hernán

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligeró
La Parrala	Maruja Tomás
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de África	Rafael Modina
Noche de ensaño	Amadeo Nazari
Cautivo del deseo	Leslie Howard
Flor de espino	Gracia de Triana
Tú llegas	Roberto Rey
Buenas noches	M. Luisa Gerone
Otoño	Roberto Rey

CANCIONERO

Precio: 35 cts.

MERCEDES LLOFRID
LUIS MANDARINO (Tango)
RODRIGUEZ (Jazz-Hit)
RAMON RUIZ «RAPIDE»
NINA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Aster)
JUANITO VALDEHERRERA
EL AMERICANO
NINA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
NINA LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA
CAMILIN
LOLA FLORES
CARLOS GARDEL (Creaciones)
VIANOR
PEPE BALLESTEROS
MIRCO

NINO DE MARCHENA
RAMON
NINO DE UTRERA
FILAREN ARGOS
NINA DE LOS PEÑES
CURRO CARMONA
GUERRITA
TITO HUAPANGO
COTO DE BUELVA
MARTA FLORES
MANUEL «EL GAFAS»
JOSE SEGARRA
PIPE BLANCO
CARMELA MONTES
TOMAS DE ANTEQUERA
HUGO DEL CARRIL
GRACIA DE TRIANA
NINO DE AMADOR
ROSARIO LA CARTUJANA
BONET DE SAN PEDRO

Precio: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA ANDA-
LUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ (Ago-
tado)

Precio: 1 pta.

HITOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA, CARLOS GARDEL
MELODIAS DE MODA
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
NINA CUBANA AMACHIN

EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su Orque-
sta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orquesta
(Agotado)
JAIME PLANAS y sus discos vivientes

Precio: 175 ptas.

LEISITA ESTERO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
EL GASTON y su ORQUESTA de JAZZ-
HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-HOT
CONCHITA PIQUER

TRUJE BONA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO, JAZZ-HOT
CANALEJAS
TESADA y su ORQUESTA JAZZ

Precio: 175 ptas.

PEPE PINTO
ADOLFO ARAGO JAZZ-HOT
MERCEDES VICINO, CINE-JAZZ
BAITOS DE LA RADIO
GALATEA y LUCES DE VIENA
JULIO GALINDO, JAZZ-HOT
ORQUESTA ESPARA - JAZZ
GOALED-LLORENS - MEXICANAS
FRANCISCO BOLUDA - JAZZ
RAUL ABAIL-BONET DE SAN PEDRO
BERNARD HILDA

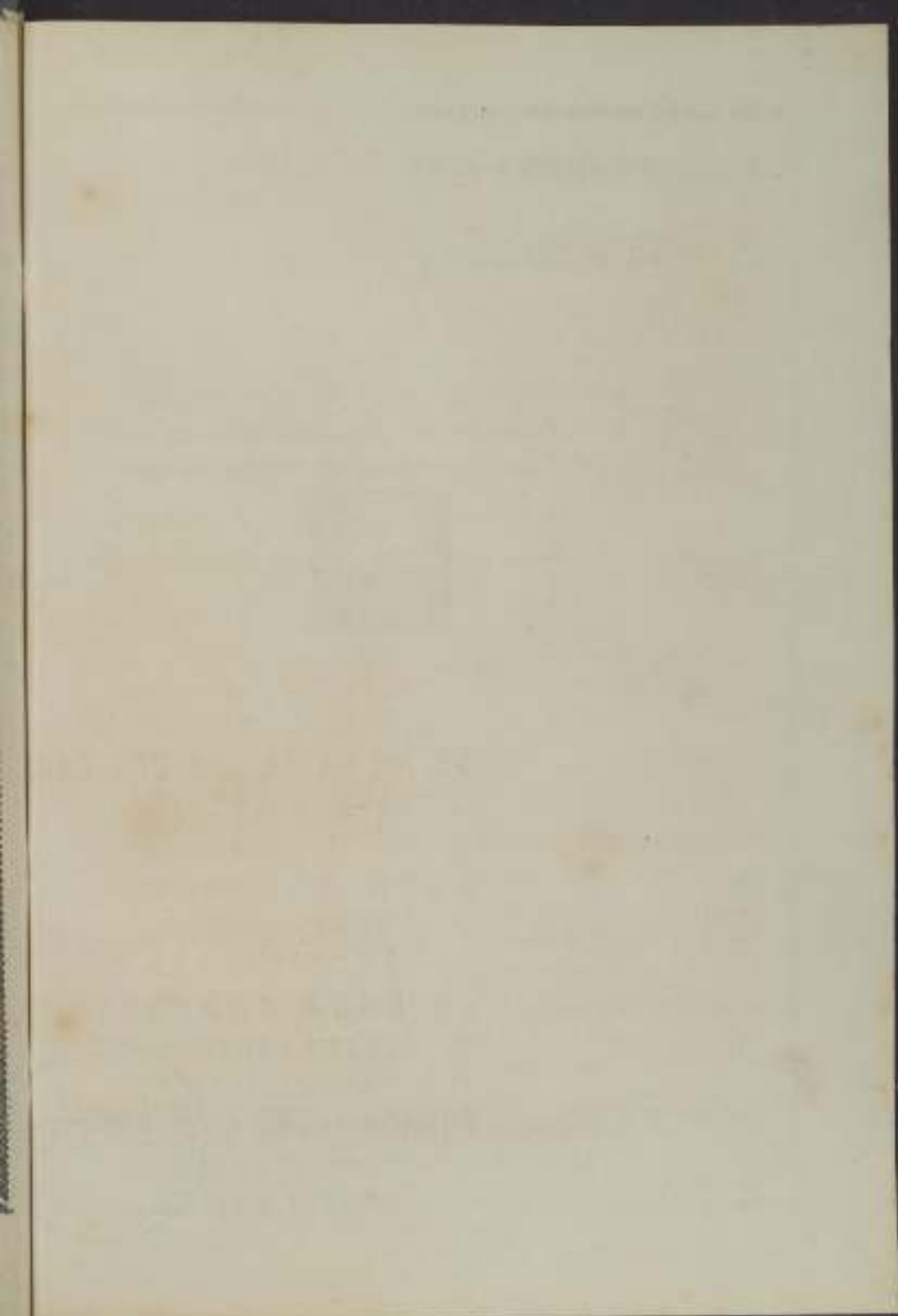
MUSA ARGENTINA
SEPULVEDA - R. BOLUDA
M. LUISA GEBONA - MARY MERCE
y TIRASITA ARGOS
UNA VOZ y UNA MELODIA (edn. 1)
JOSE VALERO
UNA VOZ y UNA MELODIA (edn. 2)
ORQUESTA DE MON
MARIO GABARRON
BONET DE SAN PEDRO
LOS TRASHUMANTES

Pedidos a

Editorial APAS

Apartado 767

ARREGLON



SOLAMENTE
EN
EDICIONES BIBLIOTECA FILMS



encontrará usted las novelas cinema-
tográficas de las producciones de la
actual temporada de la invicta marca



LA MUJER DE LAS DOS CARAS

GRETA GARBO
MELVYN DOUGLAS

LUNA LLENA

JEANNETTE MACDONALD
NELSON EDDY

LA HORA RADIANTE

JOAN CRAWFORD
MELVYN DOUGLAS

CUANDO ELLAS SE ENCUENTRAN

JOAN CRAWFORD
ROBERT TAYLOR

2'50
PESETAS

